602:20

La novela TEATRAL

Precio: 30 cts.

MAS FUERTE QUE EL AMOR

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

PERSONAJES

LA DUQUESA VIUDA DE TALAVERA. - LA MARQUESA DE ONDARROA. - CARMEN. - TOTO. - FELISA. - EUGENIA. - LA PRINCESA SAVELLI. - CARLOS, DUQUE DE TALAVERA. - EL MARQUES DE ONDARROA. - GUILLERMO. - EL PRINCIPE SAVELLI. - EL MARQUES DE MORALEDA. - PACO UTRILLA. - LEOPOLDO CASTROJERIZ. - CARDO FLOREZ. - DEDE. - ESTEVEZ. - TRES CRIADOS

ACTO PRIMERO

Un «hall» en el castillo de los Marqueses de Ondárroa, en Escocia.

(Estévez, un Criado y después el Marqués de Ondárroa.)

EST.—No avise usted a nadie de la llegada del señor marqués.

CRI.—Está bien. ¿El señor marqués desea tomar algo?

EST.—No; hemos comido en el tren. Una taza de café nada más.

CRI.—¿El señor también tomará café?

EST.—Yo, no; sólo para el señor marqués. (Sale el Criado. Entra el Marqués de Ondárroa.)

OND.—¿Ha encargado usted que no avisen a nadie de nuestra llegada?

EST.—Sí, señor.

OND.—Es muy desagradable venir de agua-fiestas. Cuanto más retrasemos nuestra aparición...

EST.—Sí, es verdad: esa pobre señorita no sospechará, mientras se divierte en la fiesta de esta noche, que a tantas leguas de distancia quedan la muerte y la ruina en su casa.

OND.—Y que yo estoy aquí, tan cerca, y tan inevitable como la misma muerte, único sabedor de una noticia que bastará a entristecer a toda esa alegría. En mala ocasión hemos llegado. Verdaderamente, si hay algún ser superior que posea el secreto de nuestros destinos, ¡qué triste superioridad la suya! ¿Cómo puede, impasible, dejar caer la tristeza del dolor sobre las criaturas?

EST.—El señor marqués está preocupado.

OND.—Quería mucho al pobre Agustín Valdequejido. Era un gran corazón. Si yo hubiera sabido a tiempo...

EST.—La ruina de esa casa era inevitable.

OND.—Pero hay ruinas y ruinas... Se puede perder la riqueza, lo que era lujo

y esplendor, pero todo, todo, de esa manera. Sí; era para hacer lo que hizo: pegarse un tiro. ¡Pobre Agustín! Y siquiera el hijo estaba cerca, y conocía el estado de su casa, y al fin es hombre; pero Carmen, esa muchacha que fué la adoración de su padre, que no supo nunca regatearle un capricho, por costoso que fuera. Carmen, que se creyó rica, y de seguro no pensará nunca verse en la miseria. ¡Triste deber el mío en este caso!

Est.—¿Y el señor marqués piensa continuar mañana mismo su viaje?

Ond.—Sí; no podemos detenernos. La firma de ese contrato no admite demora. Si se tratara de un negocio mío... pero son muchos intereses.

Est.—Que por usted existen. Nadie veía claro en ese negocio.

Ond.—Es que estoy convencido; la gente demasiado práctica sólo entiende de negocios pequeños. Las grandes empresas son para los soñadores. Los que no ven más que lo práctico, lo realizable, lo factible, lo que ya se vió y se sabía antes, son explotadores nada más. ¡Raza odiosa! Lo importante es ser creador, crear riqueza; y para eso hay que presentirla donde no la vieron nuestros ojos. América, un Mundo Nuevo, se descubrió con tres barcos viejos, y sin sospechar que existiera. Yo creo que, como del amor dicen que es sólo la voz de un nuevo ser que llama a la vida, el soñar lo imposible es también la voz de algo que pide existencia y que nos llama desde muy lejos... Y hacia lo imposible no hay más que un modo de caminar: con los ojos vendados, como la fe y como el amor...

Est.—El señor Marqués es un hombre admirable; pero, permítame la observación: peligroso.

Ond.—No soy un especulador vulgar; eso es todo.

Cri.—(Entrando con el servicio de café.) ¿Manda otra cosa el señor marqués?

Ond.—Sí. ¿Tú conoces al marqués de Moraleda, verdad?

Cri.—Sí, señor marqués.

Ond.—¿Está aquí todavía?

Cri.—Sí, señor marqués. Está en el castillo desde el mes pasado.

Ond.—Si pudieras con el mayor disimulo llamarle aparte; decirle que estoy aquí y deseo verle... Pero si no es posible sin que nadie se entere, no le digas nada.

Cri.—Está bien, señor marqués. (Sale.)

Ond.—Antes de presentarme quiero saber a qué gente hospeda mi mujer en estos días. De seguro no conozco a la mayor parte ni de vista. Fuera de los cuatro íntimos de siempre, todos los años cuando paso algunos días aquí por casualidad veo caras nuevas y gentes extrañas. A mi mujer y mi hija les divierte. En sus viajes de invierno, hacen relaciones para el verano, combinan sus viajes para el invierno. El marqués me informará de todo. Es la mejor memoria para estas cosas, conoce a todo el mundo; sabe las historias de todos...

Cri.—(Entrando.) El señor marqués viene en seguida.

Ond.—Pronto... ¿estás seguro de que no reparó nadie en el aviso?

Cri.—No, señor marqués, nadie. El señor marqués estaba solo cuando se lo dije. (Sale el criado.)

Dichos, el marqués de Moraleda con un ridículo traje de mago.

Mor.—¡Querido Joaquín!

Ond.—¡Eh! ¿Eres tú?

Mor.—Es verdad; me olvidé de quitarme estas barbas y este pelucón... Pero, tú aquí, sin esperarte nadie... tu mujer no nos dijo nada.

Ond.—No; he llegado sin avisar; como siempre. Y en esta ocasión menos. Mañana vuelvo a Londres...

Mor.—¿Y ahora vienes?...

Ond.—De Madrid, y antes fuí de Bilbao a Madrid; todo sin detenerme más que lo preciso.

MOR.—Es un viaje... hasta llegar a este maravilloso rincón de Escocia... Parece mentira que no descanses aquí unos días.

OND.—Aborrezco el país y el castillo. Fué un capricho de mi mujer y de mi hija. Sin castillo en Escocia, les parecía la vida cosa miserable.

EST.—(Disponiéndose a retirarse.) Con permiso del señor marqués...

OND.—No se vaya usted, Estévez... Usted ya conoce al marqués... Estévez, mi secretario.

MOR.—¡Ah, sí! Usted perdone; no me fijé al entrar... Preocupado con la noticia de tu llegada y preocupado con este disfraz...

OND.—¿Qué... habéis tenido fiesta esta noche? Me lo dijeron al llegar. Vi el parque iluminado... ¿Qué ha sido ello? Una mascarada...

MOR.—No. Una representación teatral. En el parque; iluminado de un modo originalísimo. Un poema fantástico, creación de la princesa Savelli... ¡El triunfo del amor!

OND.—¡Ah! ¿Está aquí la princesa Savelli?... Ya es una noticia. Para eso te llamé; para que me enteraras de la gente que hay aquí.

MOR.—Estamos en la segunda tanda de huéspedes. Yo soy de todas las tandas, ya sabes. Lo paso aquí deliciosamente. Tu mujer y tu chica dicen que soy el alma de todo, y que hace falta uno inamovible, que sirva como lazo de unión entre los últimos de una tanda y los primeros de otra. Yo soy la vestal que sostiene el fuego sagrado.

OND.—Y ahora están...

MOR.—La princesa Savelli, ya te dije, con el príncipe y el protegido de siempre; y al decir el de siempre, no quiero decir que sea el de siempre; sino que siempre hay un protegido.

OND.—Sí, el secretario, amanuense y lector de la princesa, que este año es...

MOR.—Un joven espiritual. Ya sabes que la princesa pasa por las mismas alternativas y modas que la literatura. A una época de realismo exagerado, sucede otra de idealismo sublime. A un secretario poético, soñador, desfalleciente, sucede un mocetón atlético... Este año estamos en pleno idealismo con Dedé...

OND.—¿Dedé?... ¿Qué nombre es ese?

MOR.—Un nombre de literatura también: de algún tipo de novela que se le parece. La princesa le llama así y todos la imitamos.

OND.—Bueno. ¿Quién más? Concedemos a la princesa más atención de la que merece.

MOR.—Eso no. La Savelli es inagotable. Tenemos a... ya lo sabrás, a Guillermo.

OND.—¿El Emperador de Alemania?

MOR.—No, hombre, no.

OND.—Es que no me extrañaría que mi mujer le hubiera invitado, ni que él hubiera venido.

MOR.—No, hombre, no. El novio de Felisa, de tu hija, tu futuro yerno... y muy pronto.

OND.—Ah, sí. No me acordaba.

MOR.—Tenemos a los Talavera. La duquesa viuda y sus dos hijos, Eugenia y Carlos.

OND.—Ah, sí... el chico; el actual duque; está reblandecido. ¿No es eso? Medio baldado y medio tonto.

MOR.—No, hombre, no; ni reblandecido, ni baldado, ni tonto; delicaducho, sí, desde pequeño; se salvó de una meningitis, y esa enfermedad deja rastro para toda la vida. Guillermo es primo de los Talavera, ¿verdad?

OND.—Sí; primos hermanos. La madre de Guillermo y el padre de estos chicos, el difunto duque, hermanos.

MOR.—Pues no se parecen en nada los dos primos. La princesa hallaría en

ellos la representación más acabada de sus grandes épocas; la romántica y la naturalista... Tenemos también a Carmen, la chica de Agustín Valdequejido.

OND.—Ah, sí; ya lo sé. ¡Pobre!

MOR.—Más guapa que nunca; pero más insoportable cada día... Orgullosa, burlona; todo le parece de mal tono; trata con desprecio a todo el mundo...

OND.—¿Sí?... ¡Pobre!

MOR.—Y ya sabes: a todo esto, en Madrid se da por seguro que Agustín está sin una peseta y muy comprometido; pero la niña como si tal cosa.

OND.—Ella que sabe... ¿No tiene novio?

MOR.—¡Qué ha de tener!... Cualquiera se atreve. En Madrid tonteó con ella justamente Guillermo, tu futuro yerno... y Carlitos Talavera también... y muchos; pero ella se burlaba de todos... hasta que todos se cansaron, como es natural. Es insoportable la muchacha. ¡Y cuidado que es guapa! ¡Está esta noche vestida de dogaresca veneciana!...

OND.—¿Pero andáis todos vestidos de cosas raras?

MOR.—Los artistas nada más. Te advierto que la fiesta ha resultado preciosa; aparte el poema francés de la princesa, y la música en chino, de su protegido, su Dedé...

OND.—Gastais humor...

MOR.—Lo divertido son los ensayos; los preparativos, vestirse, caracterizarse... Hubo lances graciosos.

OND.—Señor, cuántas cosas inventa la humanidad como pretexto para una sola cosa. Estás intranquilo.

MOR.—Sí; me echarán de menos; y si quieres que nadie se entere de que estás aquí..

OND.—Tienes razón. ¿Queda alguien más de importancia?

MOR.—Ya lo creo, la más divertida pareja de parvenus que puede darse: los de Flórez, un matrimonio joven, de familia riquísima; pero al casarse no les dieron un cuarto, y vivieron cuatro o cinco años con la mayor modestia, pero, de pronto, dan en morirse padres, abuelos, tíos... un chaparrón de herencias y de millones que les coge de pronto, y no hay dinero mejor empleado ni más lucido. El matrimonio no piensa más que en divertirse, en gozar de la vida, y con qué alegría, casi infantil, con qué ingenuidad; no hay snobismo en que no caigan; el caso es verlo todo, disfrutar de todo. Van por el mundo como paletos por una feria, extasiándose delante de todos los organillos y metiéndose en todas las barracas. Pero alegra verlos.

OND.—De seguro.

MOR.—Los demás huéspedes ya son insignificantes; coro general y acompañamiento. Paco Utrilla, entregado a todos los «sports», como siempre; Leopoldo Castrojeriz... y no sé si alguien más... «Questo è l'élenco».

OND.—Variado y pintoresco; reconozco el estilo de mi mujer.

MOR.—Conque, aparte de estas noticias, ¿quieres saber algo más?

OND.—Nada, nada. Puedes volver... A Emilia, pero solo a Emilia, puedes decirle que estoy aquí; que si puede dejar la fiesta un momento...

MOR.—Sí, sí; yo inventaré un pretexto.

OND.—Traigo una noticia.

MOR.—Noticia...

OND.—Ya lo sabrás. Terminad vuestra fiesta. Hay alguien en ella para quien tal vez esta fiesta sea la última alegría de su vida...

MOR.—¿Qué dices? Pareces un traidor de melodrama de esos que poseen el secreto fatal... Oye. ¿No será a tu pobrecita mujer a la que amenazas con esas terribles frases?

OND.—¡Qué disparate! ¿A Emilia? ¿Por qué?

MOR.—Podían haberte contado alguna historia. Nunca falta gente...

OND.—¿Historias a mí? Cuando me casé sabía muy bien por qué me casaba. A

mi mujer la estimo; a mi hija la quiero; si hubiera tenido un hijo, le hubiera adorado. Me satisface saber que ellas, lejos de mi casa siempre, lucen y gozan de mi trabajo. Yo estoy contento con ser la máquina productora de luz, que brilla a gran distancia.

MOR.—Pues ya es luz, querido Joaquín; porque tu mujer y tu hija saben gastarla. Te aseguro que con haber aquí muchos potentados, no hay quien tenga su esplendidez y su buen gusto.

OND.—¿Y quieres mayor satisfacción para mí?

MOR.—En seguida haré que venga tu mujer. Los convidados están lejos del castillo. La representación ha sido en el «Palmarium».

NND.—¿Y tu papel?...

MOR.—Ya lo ves; de mago encantador. He tenido un éxito extraordinario. Con voz de «societaire» he recitado mis versos; es decir, los versos de la princesa... «¡Oh, genies bienfaisants de l'immortel amour!».

OND.—Me harás reir sin ganas. (Sale el marqués de Moraleda.)

El marqués de Ondárroa y Estévez,

OND.—¿Qué le parece a usted, mi buen Estévez? Este es otro mundo; al acercarse a él siente uno como que la energía le falta. Al verme aquí, ya no me parece tan horrible la tristeza que traigo...; comprende uno que todo debe ser aquí pasajero. Han representado el triunfo pasajero del amor; si ahora me presentara yo entre los trajes vistosos, las luces, las risas de todos, sería el triunfo de la muerte; como aquel que vimos en el cementerio de Pisa; ¿recuerda usted? Y mi papel, qué desagradable; el de la muerte... ¡Pobre Carmen! Ahora tal vez ríe burlona de algún pretendiente que la galantea... Mañana, qué pocos se acercarán a ella...

EST.—¿Y es verdad que la señorita Felisa se casa con don Guillermo?

OND.—Sí, me lo anunció mi mujer hace tiempo; yo apenas le conozco.

EST.—Es un buen mozo; yo conocí mucho a su padre y a su hermano mayor, el que hoy lleva el título de la casa.

OND.—A su padre yo también le conocí mucho. Muy simpático y muy mujeriego; con una tenacidad para sus conquistas... Mujer que él se propusiera conseguir... Ya en sus últimos años, estando en Londres, se vió muy comprometido en un proceso; la Embajada pudo cortar el asunto; la familia le llevó a un sanatorio, y, en efecto, acabó por volverse loco... Allí le ví por última vez, paseando por el jardín, detrás de las hojas secas o de algún papel que arrastraba el aire por el suelo..., todo se le antojaba roce de faldas de mujer. Y persiguiendo mujeres ideales, seguía, seguía, hasta caer rendido, llorando de rabia, con los puños crispados, con rabieta de niño... Y gritaba, gritaba nombres de mujer; muchos nombres... y ¡qué extraño!... el último, ya sin fuerzas: «¡Mamá! ¡Mamita!», con un lloro de recién nacido... Y era muy penosa impresión aquel retroceder de la vida, que unía el morir con el nacer.

EST.—¿Y no le preocupa al señor marqués que alguno de los hijos pueda heredar...?

OND.—No será Guillermo precisamente. Tengo motivos para creerlo.

EST.—¡Ah!

OND.—En cambio, de Carlos, el actual duque de Talavera, no puedo decir lo mismo.

EST.—El señor marqués sabe más que yo. Está visto: en cuestiones de árboles genealógicos es más seguro andarse por las ramas que atenerse a las raíces. Sin embargo, la duquesa de Talavera ha tenido siempre fama de virtuosa.

OND.—Y lo era y lo es; pero su cuñado, en cuestión de amores, no dejó nunca de conseguir cuanto se propuso, y la duquesa debió ser uno de los recuerdos más profundos de su vida, porque su nombre era de los que más pronunciaba al

perseguir en su locura las hojas secas que arrastraba el viento por aquel jardín triste.

Dichos y la Marquesa de Ondárroa.

MARQ.—¡Joaquín! ¿Cuándo llegaste?

OND.—Ahora mismo.

MARQ.—No te pregunto cómo no has avisado, porque es tu costumbre.

OND.—¿Para qué?

MARQ.—¿Estás bien?

OND.—Ya lo ves. Y tú muy guapa. ¿Y Felisa?

MARQ.—Encantadora. No la dije que estabas aquí, porque me recomendó el Marqués que no supiera nadie...

OND.—Sí; quiero hablar contigo. ¿No sabes? Traigo una horrible noticia. A eso vine. No quise que nadie telegrafiara ni escribiera, ni que algún periódico de España llegara antes que yo.

MARQ.—¿Qué noticia es esa?

OND.—Agustín Valdequejido, el padre de Carmen ha muerto..., una tragedia.

MARQ.—¡Jesús! ¿Cómo fué? Su hija recibió carta...

OND.—Sí, cuando él estaba ya muerto.

MARQ.—Y no decía que estuviese enfermo; al contrario, escribía muy contento, con bromas para todos.

OND.—Mira; lee ese periódico de Madrid..., lo sabrás más pronto...; yo, ni sé cómo decirlo.

MARQ.—¡Oh! ¡Se ha matado!... ¡Qué horror!.., ¿ Y la casa?...

OND.—La ruina más espantosa. Los hijos, quedan en la miseria; el chico marchó en seguida, sin ver a nadie; nadie sabe adónde...

MARQ.—¿Y Carmen? ¡Pobre Carmen! ¿Quién es capaz de decirle?

OND.—Pues no hay más remedio. Después podría saberlo de pronto, por cualquier indiscreción... Yo advertí a los amigos que no telegrafiaran; que se abstuvieran de enviar pésames por unos días; pero, ¿quién puede prevenirlo todo? No hay más remedio... Esta noche mismo .. Está en nuestra casa, y por nosotros debe saberlo primero... Es nuestro deber, muy penoso en esta ocasión... Ahora vuelve con la gente; anticipa la despedida de los invitados de fuera... Cuando sólo queden los de casa...

MARQ.—Sí..., sí... Lo peor es que la pobre Carmen no hallará mucha simpatía en su desgracía... No tienes idea de su carácter desagradable... Yo la invité este año por ti...; nos ha proporcionado muchos disgustos con los amigos...

OND.—Quise que estuviera a vuestro lado, porque presumía la ruina de su casa; aunque no pensé que Agustín fuera capaz de matarse.

MARQ.—Por más que pienso no sé cómo decirle... ¡Ah, Estévez!

EST.—Señora marquesa...

MARQ.—Usted perdone, no le vi antes; estaba usted tan retirado...

OND.—Siempre quiere pasar inadvertido, y hace mal, porque tiene mucho talento.

EST.—Gracias, señor marqués.

OND.—Y es para mí un amigo leal, un verdadero amigo...

EST.—Señor marqués...

MARQ.—Puede usted estar seguro de que así es, porque nunca le he oído a mi marido hablar así de ninguno de sus auxiliares. Siempre le parece que trabajan poco; que son poco inteligentes.

EST.—Yo procuro suplir la inteligencia con la voluntad, y el señor marqués así lo estima.

MARQ.—¿Estarás aquí algunos días? Aunque el marqués me ha dicho que volvías mañana a Londres.

Ond.—Sí; no puedo detenerme... Ya os escribiré. Este invierno pasaré una temporada larga con vosotros... Quince o veinte días...

Marq.—For fin... Nos avisarás con tiempo, para disponerlo todo para esa fecha.

Ond.—¿Todo? ¡Ah! La boba de Felisa con Guillermo... Nada pregunto, porque te conozco, y sé que Felisa se casa por su gusto.

Marq.—Puedes creerlo. ¿Por qué había de casarse? ¿Por dinero? Más cabe esa sospecha en el novio... ¿Por nobleza? La nuestra no es de abolengo; pero tu crédito, y aunque sea alabarme, nuestra distinción, nos han abierto todas las puertas. ¿Qué nos falta? La grandeza de España...

Ond.—Ni eso... ¿Cuándo la quieres?

Marq.—Para la boda. ¿Cuándo mejor? El cariño a los hijos disculpará esa vanidad... Cuando sólo queden los de casa, ¿puedo decir que estás aquí?

Ond.—Sí; han de saberlo.

Marq.—¿Sabes ya la gente que tenemos?

Ond.—Por el Marqués... Lleva aquí todo el verano; no hay modo de despedirle. El dice que sois vosotras las que no le dejáis marchar.

Marq.—Después de todo, no molesta y entretiene. No se puede decir lo mismo de todos.

Ond.—Es que no es reconvenirte; pero recibes alguna gente... La Princesa Savelli, por ejemplo...

Marq.—Es la nota de fantasía que hace falta en todas partes.

Ond.—Pero si da tanto que hablar...

Marq.—Pues esa es la diversión, hay que agradecérselo.

Ond.—Yo no podría vivir entre esa gente.

Marq.—Yo no sabría vivir de otra manera.

Dichos y el Marqués de Moraleda.

Mor.—Emilia, venga usted; preguntan por usted. Carlitos Talavera se ha puesto muy malo.

Marq.—¿Qué ha sido? ¡Voy, voy! (Sale la Marquesa.)

Ond.—Todo se prepara.

Mor.—Estaba hablando con Carmen precisamente, y de pronto le dió un vértigo; cayó redondo al suelo; las señoras empiezan a gritar creyéndole muerto... Su madre no te digo...

Ond.—¿Pero es cosa grave?

Mor.—Se le pasó en seguida. Ese muchacho está muy enfermo... Digo, ya empieza la desbandada... En cuanto hay algo desagradable, dispersión general. Si no quieres que te vean...

Ond.—No; es igual... Estévez, si desea usted retirarse a descansar... estará usted cansado del viaje, y ya sé que a usted le molesta la gente...

Est.—Con su permiso, señor marqués. Señor marqués... (Sale Estévez.)

Dichos, Totó, Paco Utrilla, Leopoldo y Ricardo.

Toto.—¡Qué susto, qué susto! Yo creí que había caído muerto.

Ric.—Pues yo creí que era una broma.

Toto.—¿Pero qué le pasa a ese muchacho?

Leo.—Que hace una vida ridícula. Su madre, porque estuvo siempre delicado, le trata como a un niño.

Paco.—¡Eso es! Si hiciera lo que yo, ejercicio, aire, es la vida... Ah, está aquí el dueño de la casa, el marqués...

Toto.—Nosotros no le conocemos... ¿Quién nos presenta? Preséntenos usted.

Ond.—¿Quiénes son estos?

Mor.—El matrimonio alegre.

PACO.—Querido marqués...

OND.—¿Quién?... ¡Ah, Paquito! El buen Paco Utrilla. ¡Caramba! ¿Quién les conoce a ustedes al pronto, con esos disfraces?

PACO.—No; el mío no es difraz. Yo no he tomado parte en la representación; me despidieron de la compañía a los tres ensayos; la princesa dijo que yo le destrozaba sus versos .. Es que adopté el traje del país desde que llegué; es tan cómodo para excursiones, para todo... Si hubiera dos más que se atrevieran, yo lanzaba la moda este año.

LEO.—No cuentes conmigo.

OND.—Sí, para un joven como usted, fuerte, robusto.

MOR.—Ya lo sabe él; por eso se pasa la vida buscando efectos plásticos.

LEO.—Nunca le verán ustedes vestido, lo que se llama vestido; unas veces que el «lawn-tennis», «jersey», calzón corto; otras, que el «canotage», no se diga, hecho un volatinero; otras, de escocés; ahí le tienen ustedes; de su traje de baño no les digo nada, porque es como si no existiera... Así trae revuelto el cotarro femenino internacional de estos contornos.

PACO.—Si usted me permite, marqués, voy a presentarle...

OND.—Con mucho gusto.

PACO.-Don Ricardo Flórez, su encantadora esposa... El Marqués de Ondárroa.

RIC.—Aunque ya le consideraba como amigo, mi placer es doble al saludarle personalmente.

TOTO.—De la marquesa somos amigos antiguos.

RIC.—Sí; el invierno pasado nos conocimos en Argel.

TOTO.—Y después volvimos a encontrarnos en Roma. Conocer a la marquesa y a Felisita y no adorarlas, es imposible.

RIC.—Son encantadoras.

TOTÓ.—Para este invierno proyectamos grandes viajes juntos.

MOR.—¿Pero todavía les queda a ustedes algo que ver?

TOTO.—Ya lo creo; no se acaba nunca. Este año dudamos entre el Cairo y los países del Norte... Rusia, Suecia y Noruega, Finlandia, Islandia.

MOR.—¡Qué gana de pasar frío!

RIC.—Es que yo creo que los países fríos hay que visitarlos en invierno, es cuando tienen su fisonomía...

TOTO.—¿Querrá usted creer que no hemos ido nunca en trineo?

MOR.—¡Oh!, pues hay que probarlo, porque eso y el «looping the loop» será lo único que les falte a ustedes.

TOTO.—El «looping the loop», no. ¿Usted no ha visto el que hay en París? Sube todo el mundo, sin peligro, pero la emoción es la misma. El momento de verse cabeza abajo no se parece a nada.

PACO.—Pues si se quita el peligro no puede haber verdadera emoción. Yo pienso hacerlo, pero en serio.

TOTO.—¿Sí? Pues avise usted, porque yo no falto. A mí me gustan mucho las atrocidades. ¿Dónde fué donde vimos a unos árabes que se pinchaban, se quemaban y comían pedazos de vidrio y plomo derretido?...

RIC.—En un circo de Nueva York ¿no te acuerdas? Costaba veinte dollars la entrada.

MOR.—Más caro que en San Isidro. En fin, para ustedes es el mundo hasta que haya comunicaciones con otro planeta.

TOTO.—Eso sí que será divertido. ¿Y cree usted que no será posible algún día? marqués, usted que es tan atrevido en sus empresas.

OND.—Se pensará, se pensará. Le advierto a usted que yo no me río de ningún negocio que se me propone por absurdo que parezca; los estudio todos. Sabe usted dónde he encontrado yo muchas veces la idea de mis mejores empresas? En las casas de locos.

TOTO.—¿Sí? Pues algunas puede usted encontrar aquí.

PRI.—¿Han visto ustedes a mi marido?

OND.—Princesa...

PRI.—Querido amigo... Usted nos sorprende siempre... Acaba usted de llegar, ¿no es eso?

OND.—Sí, ahora mismo; y deploro no haber llegado antes para admirar, como todo el mundo, vuestra nueva producción.

PRI.—¡Oh, no valía la pena! Un juguete poético, «une exquise»... Pero se trata de una fiesta improvisada; tampoco podía uno fiar mucho de los intérpretes...

MOR.—Vístase usted de mamarracho para oir esto...

PRI.—¡Oh, no, mon cher; no hablo por usted! Usted es una persona inteligente y ha estado usted muy en su tono.

PACO.—La princesa no quiso confiarme un papel.

PRI.—¡Oh, gran canalla; destrozaba mis alejandrinos de un modo inicuo!

LEO.—Pero se hubiera defendido como algunas tiples, con lo plástico.

PRI.—En lo plástico no está mal; pero el arte es espíritu, es idealidad.

TOTO —Princesa, ¿buscaba usted a su marido?

PRI.—No le busco por él; es que se ha llevado a Dedé cuando más le necesitaba.

OND.—Los maridos siempre inoportunos.

PRI.—Querido amigo no tiene usted idea de cómo está el príncipe.

OND.—¿Sigue con la morfina?

PRI.—¡Ah!, la morfina y todos los paraísos artificiales... Está de una inconveniencia... Me veré precisada a internarle en una casa de salud. Pero no quiero pensarlo... ¡Qué destino fatal el mío! Así dicen que mi literatura es siempre triste y desconsoladora... Pues aun no descubro por entero mi corazón; la verdad de mi vida la guardo para mis memorias; mi obra póstuma; no me atrevo a publicarlas en vida. Sé que tendría un éxito de librería; un éxito de escándalo.

MOR.—¿Uno más?

PRI.—¿Cómo?

MOR.—Un éxito más; el que acompaña siempre a vuestras obras...

PRI.—Yo no persigo nunca al gran público; mi arte es todo delicadeza; es como dice Hamlet: caviar para la multitud... Es como la música de mi Dedé...

PACO.—(Bajo a Totó.) Su Dedé, así con desahogo...

PRI.—¿Ha visto usted nada más exquisito? Eso ya no es arte, es perfume de arte; como dice Shelley; penetra en el alma, sin pasar por los sentidos... (A Totó.) Y usted ha cantado muy bien; sobre todo el rondelet y era difícil.

TOTO.—Pues no es que yo sepa mucha música; pude cantarlo porque me recordaba una canción que cantábamos en el colegio cuando jugábamos al corro.

PRI.—De seguro, eso es; música ingenua de un alma angelical como la de su autor, mi pobre Dedé.

TOTO.—Aquí se lo trae a usted el príncipe.

Dichos, el Príncipe y Dedé.

PACO.—¿No les parece a ustedes que es él quien debía internarla a ella en una casa de sa ud?

PRI.—Silvio, Silvio. Está aquí el Marqués.

OND.—Querido príncipe.

PRIN.—Caro... cuánto tiempo sin verle... El podrá decirme como mi trova... ¿eh?

OND.—Muy bien, como siempre...

PRIN.—¡Ah! Esto dico io, como siempre. La princesa dice que estoy tanto male; que non valgo niente. Las piernas son fuertes, la cabeza e fuerte.

MOR.—Quién lo duda...

PRI.—¿Por qué te has llevado a Dedé?

PRIN.—Para pasear por el parque en la noche a la luna .. Hablábamos de arte, recordábamos la divina música de Palestina... sentita a Roma en la Pascua... ¡Celeste música! El órgano... e le trombe de plata de lo alto... come facevanole trombe...

DEDÉ.—No, príncipe, no es así.

PRIN.—No questo e dopo .. antes, antes, cuando el órgano y la orquesta rugía en un crescendo... Allora, le trombe...

TOTO.—(A PACO.) No se burle usted que está usted en candidatura para la sucesión.

PACO.—¿Yo? A falta de capa dejaría el plaid entre sus manos.

TOTO.—¿Por qué? La princesa es todavía una belleza espléndida.

PACO.—Sí; como las ruinas a la luz de la luna o con bengalas.

TOTO.—Es una mujer de talento.

PACO.—Si usted sabe que yo no estimo en nada el talento ni la hermosura; por eso me he enamorado...

TOTO.—De mí, ya lo sé; no dé usted más señas. Le advierto a usted que mi marido no es el príncipe; es muy español, y ni por sport consiente el más ligero flirteo... ¡Ah! ni yo tampoco por de contado; le hablé antes de mi marido, porque es quien puede romperle a usted algo.

PACO.—Ah, por fuerza, ya sabe usted...

TOTO.—Sí; pero no es lo mismo levantar pesas en un gimnasio o boxear con los amigos, que andar a cachetes con un hombre enfadado de veras aunque sea un alfeñique.

PRI —(A Dedé.) ¿Está triste mi artista?

DEDÉ.—No, ¿por qué?

PRI. - ¿No estás satisfecho de tu triunfo?

DEDÉ.—¡Qué triunfo!... Aquí...

PRI.—Llegará el día en que veas a una multitud entusiasmada...

DEDÉ.—Cuando se represente mi ópera.

PRI.—Tendrás el teatro que necesites para tu obra, esa obra de pasión, de locura, de muerte...

PRIN.—¡Bianca, Bianca!

PRI.—¿Qué quieres?

PRIN.—No has presentado al Marqués a nuestro bambino...

PRI.—¡Cierto!... Dedé, el Marqués de Ondárroa desea conocerle.

DEDÉ.—Señor ..

PACO.—La presentación no es muy correcta..., Dedé.

TOTO.—¿Y cómo quieren ustedes que le presentara? El chico se llamará en su tierra, algo así como Pepe García o Perico Gutiérrez...

PRIN.—E un aritestone... Esta noche hemos tenido una fiesta espléndida. Un poema de la Princesa, posso dirlo, ¡ideale!, e la música de nostro bambino piu ideale ancora... ¡Qué música! Ce un pezzo con i violín i ¿come fa?

DEDE.—No es así, príncipe...

PRIN.—¡Ah!... Espera espera...

MARQ.—(A Moraleda.) ¿Quieres creer que ya olvidé lo que me trajo aquí? Ya pienso que, acaso lo que yo temía una desgracia, sea un bien para Carmen.

MOR.—¡Quién sabe!

MARQ.—Más feliz puede ser que entre esta gente, si su corazón sabe sobreponerse a la adversidad.

Dichos, Felisa y Guillermo.

FEL.—¡Papá, papá!

Ond —¡Hija mía!

Fel.—¡Hasta ahora no me han dicho que estabas aquí! ¡Qué picardía!

Gui.—Un abrazo también para su querido... ¿Lo digo?

Fel.—Sí; atrévete... querido...

Ond.—¿Vas a llamarme suegro?

Gui.—No, padre... (Se abrazan.)

Fel.—¿Qué más participación de boda quieren ustedes?

Toto.—Enhorabuena.

Mor.—Felicidades, Guillermo.

Leo.—(A Guillermo.) Si eres tonto...

Paco.—Ya sabes, abonados al castillo todos los veranos, y a todas las cacerías del invierno.

Gui.—Chicos, no soy el dueño.

Paco.—¡Bah! Como si lo fueras. Los papás son muy manejables. ¡Hija única! No tendrás disgusto en las particiones.

Gui.—No seas bárbaro. ¿Quién piensa en eso?

Paco.—Esas cosas llegan sin pensarlas. Al contrario; cuando se piensa es cuando no llegan. Tengo un tío, que cada vez que suena el timbre, me digo: ahí está.

Gui.—¿Quién?

Paco.—El telegrama que me anuncie su fallecimiento. ¡Vana ilusión! Ya espero que el mejor día me participen su boda, y después los bautizos consiguientes, y tiene setenta y dos años.

Leo.—Oye, Carmen apenas te dirige el saludo. Y es porque estás aquí.

Gui —Es ridícula.

Leo.—¿Qué le parece tu boda con Felisa?

Gui.—¿Qué puede parecerle?

Paco.—Pero en serio. ¿Tú pensaste nunca en casarte con Carmen?

Gui.—Casarse era expuesto. Ya sabes como está su casa...

Leo. —Pero tú estabas loco por ella.

Gui.—Eso sí; es muy guapa.

Leo.—¡Cómo estaba esta noche!

Paco. —Y siempre. ¡Lástima de muchacha!

Leo.—¿Lástima de qué?

Paco.—De que no le acompañe todo.

Leo.—Felisa también es muy mona.

Paco.—Muy agradable; para mujer propia, la prefiero a Carmen.

Gui.—¿Verdad que sí? Yo estoy muy contento, y la quiero mucho...

Paco.—Y aunque no la quisieras...

Fel.—(Al Marqués.) ¿Y es verdad que mañana mismo vuelves a marcharte?

Ond.—No tengo más remedio.

Fel.—Pues este invierno tienes que pasar una temporada larga con nosotras para mi boda... ¿Qué te parece Guillermo?

Ond. —No es a mí a quien ha de parecerle bien. ¿No le has elegido tú?

Fel.—Sí; pero yo quiero que te parezca muy bien. ¡Eres tan bueno conmigo, y te quiero tanto! Guillermo se parece a ti en muchas cosas.

Ond —¿En qué?

Fel.—En que no le importa que yo me divierta y vaya a todas partes y hable con todo el mundo. . como tú con mamá y conmigo. ¡Y eso es tan raro!... ¡Los hombres son tan egoístas!... Y ya ves, por eso no son peores las mujeres; al contrario.

Ond.—Tú crees...

Fel.—Yo no sería capaz de engañar a nadie que tuviera confianza en mí; y a mi marido menos; pero como viera que dudaba de mí, que todo era vigilarme

y guardarme, yo no sé si le engañaría: pero que se me pasarían muchas ganas, puedes creerlo.

Dichos y la Marquesa de Ondárroa.

MARQ. —Ya no queda nadie. Estamos solos los de casa. ¿Y Carmen?

FEL.—Acompaña a la duquesa y a sus hijos. Se retiraron a sus habitaciones; la duquesa está muy asustada.

MARQ.—¿Pero está peor Carlos?

FEL.—No, ya está bien; no fué nada.

PRI.—Es muy interesante ese noble Duque; un fin de raza digno de estudio.

MARQ.—(Al Marqués.) ¿Has dicho ya lo que ocurre?

OND.—Aun no; dílo tú. Y preparad a Carmen; mañana puede llegar alguna noticia, y sería peor.

MARQ.—Sí, sí; hay que decírselo. Necesito de todos ustedes.

PRI.—¿Qué ocurre? ¿Algo desagradable?

RIC.—Estamos a su disposicion para todo.

MARQ.—Cuiden si viene Carmen. ¿No saben ustedes?... Mi marido trae de Madrid una horrible noticia. El marqués de Valdequejido, el padre de Carmen, se ha suicidado.

TOTO.—¡Qué horror!

RIC.—(Al Marqués.) ¿Pero usted lo sabe?

PACO.—¡Qué atrocidad!

TOTO.—¿Pero usted lo sabe? ¿La noticia está confirmada?

OND.—Yo lo sé; yo lo he visto.

MARQ.—Y la casa en completa ruina. Esa muchacha en la miseria. ¿Cómo decirle?...

PACO.—(A Guillermo.) ¿Eh? Si te descuidas.

GUI —Ya lo sabía yo.

LEO.—Ya no presumirá tanto.

FEL.—¡Pobre Carmen!

TOTO.—¿Y ustedes son los encargados de darle la noticia? ¡Ay, yo no sabría!

PRIN.—«Ma la morte. ¿Per che? Si vive sempre».

PRI.—Crea usted que esas noticias es mejor darlas de pronto, de un modo brutal; el dolor de golpe, anonada, embota la sensibilidad. Cuando murió mi esposo...

RIC.—¿Vuestro esposo, princesa?...

PRI.—El primero... ¿No lo sabíais? El estaba en Alemania; yo supe la noticia por una indiscreción del embajador de Italia, en una recepción del Elíseo: no sé qué me pasó; estaba tomando un helado y preguntando, preguntando pormenores de mi desgracia, seguía tomando el helado; el Embajador, al verme en aquel estado, se asustó; me llevó aparte y me dijo: llorad, llorad, princesa... si no queréis poneros enferma... Yo entonces dí un grito; me abracé a él con todas mis fuerzas y me deshice en llanto. Hasta entonces no me había dado cuenta de nada.

TOTO.—Pero eso no puede ser. Hay que prepararla... Conmigo no cuenten ustedes; yo no sirvo para nada triste.

GUI.—Callen ustedes; viene Carmen.

MARQ.—Callen ustedes.

TOTO.—Sí, sí; que no conozca en las caras...

PACO.—Sí, sí...

Dichos; la duquesa de Talavera, Carmen, Eugenia y Carlos.

MARQ.—¡Ah! Carlos, ¿se pasó ya?

OND.—No fué nada, ¿verdad?

CARL.—Nada; mi madre se asustó; fué un mareo.

CAR.—No, no; fué algo más raro; pero explica lo que fué: es muy curioso. ¿No saben ustedes? Carlos es así como un...

CARL.—¡Calla! ¡Qué tonterías!

DUQ.—(A los marqueses.) Por no asustarle a él, debo hacerme superior. ¡Pobre hijo mío!

EUG.—Mi hermano está muy delicado y no se cuida.

TOTO.—Sí, sí; explique lo que pasó.

CARL.—Son tonterías de Carmen, quiere burlarse de mí, como siempre.

CAR.—Si es muy curioso; y la princesa, que se interesa por todas las cosas raras...

DUQ.—(Que ha estado hablando con los marqueses.) ¿Qué dice usted? ¡El padre de Carmen!

EUG.—¡Dios mío! ¡Pobrecilla!

MARQ.—Y hay que decírselo.

DUQ.—Sí, sí; debe saberlo.

CAR.—Si no lo cuentas tú, lo contaré yo.

CARL.—Como quieras, se reirán a mi costa.

CAR.—Pues verán ustedes. Dice que cuando se sintió mal en el parque, estando hablando conmigo, fué porque oyó de pronto...

CARL.—No digo que oí...

CAR.—Bueno; sentiste algo así como una voz, un aviso, un presentimiento de que una gran desgracia estaba próxima.

TOTO.—¿Eh?

GUI.—¿Qué?

MARQ.—¿Cómo fué eso?

CARL.—¿Se ríen ustedes?

CAR.—No, ya lo ves; nadie se ríe. Estas cosas de espíritus y fantasmas impresionan siempre.

TOTO.—Sí que impresionan... ¿Y eso fué hará una hora?

MARQ.—(Bajo al marqués.) Al llegar tú... ¡Y él no sabía nada!

OND.—No; bien puede ser... No hay nada raro ni imposible...

DUQ.—¡Los nervios de mi pobre hijo!

PRI.—No hay por qué reirse; la telepatía es indudable; hay fenómenos comprobados.

TOTO.—A mí no me ha pasado nada de eso; lo que sí me sucede es oir alguna vez algo, una historia, una noticia o unas palabras insignificantes, y recordar y decir: yo he oído esto en alguna parte y con las mismas palabras.

LEO.—Eso sí; es muy frecuente.

MOR.—Sobre todo en el teatro.

PACO.—Y pensar en una persona y encontrarla en seguida.

RIC.—Y tener a un amigo ausente, pensar en él y recibir carta suya al otro día.

TOTO.—Yo confieso que si tuviera tiempo, me dedicaría a todas esas cosas de brujería, porque me dan mucho miedo, y a mí todo lo que me da miedo, me divierte mucho.

PRIN.—Yo sueño cosas extrañas. Anoche soñaba yo que Dedé era morto.

PRI.—No disparates.

PRIN.—Muerto... envenenato. Me explicó el sueño. Le había visto a la prova vestido cosi a la florentina; soñé que moría del veneno di Borgia. ¡Era tan bello!..

DEDÉ.—Y ¿quién me envenenaba, príncipe?

PRIN.—No sé; yo lloraba, e la princesa... ¡Povero Dedé! ¡Si dovesse morire!

PACO.—(A Carmen.) Te advierto que acaban de anunciarnos oficialmente la boda de Felisa con Guillermo.

CAR.—A mí también. Me lo ha dicho Felisa, pensando darme un disgusto. Ya sabes cómo me quiere.

PACO.—Y te advierto que Guillermo te quiere todavía.
CAR.—Ya lo sé; ya sé cómo me quiere.
PACO.—¿Y tú?
CAR.—Le conozco bien. El hubiera querido comprometerme con unas relaciones muy serias en apariencia, para después casarse con Felisa. Guillermo necesita mucho dinero... Y yo también; en eso estamos iguales.
PACO.—¿Entonces?
CAR.—Pero el sólo repara en el dinero; yo necesito más.
PACO.—Guillermo es también noble.
CAR.—Sí; está admitido en todas partes.
PACO.—Tiene talento.
CAR.—No lo sé; no tengo término de comparación.
PACO.—¿Por qué?
CAR.—Porque no he conocido a ningún hombre de talento.
PACO.—Gracias... Conoces a la princesa que firma sus obras con nombre de varón. César Borgia.
CAR.—La Princesa tiene por lo menos el talento de imponerse a todo el mundo a fuerza de osadía.
PACO.—¿Piensas imitarla?
CAR.—Siempre la llevaré una ventaja.
PACO.—¿Cuál?
CAR.—Que me reiré de todos y nadie se reirá de mí.
PACO.—¡Pobre Carmen!
CAR.—No me creo en el caso de que me compadezcas.
PACO.—Perdona; dije pobre por...
CAR.—Como si dijeras ¡pobre Carmen! Está loca; espera a un príncipe. ¿No es eso?
PACO.—Sí; eso, eso.
MARQ.—¡Carmen, hija mía!
CAR.—(A Paco.) Perdona.
LEO.—¿Qué hablabas con Carmen?
PACO.—Nada. Que todos somos poco para ella.
LEO.—Ahora verá.
MARQ.—(A Carmen.) Mi marido tiene que decirte algo.
OND.—Sí, hija mía, tenemos que hablar, pero aquí no...
MARQ.—Ven con nosotros.
CAR.—¿Qué sucede? ¿Están ustedes serios conmigo? ¿Qué quieren decirme?
MARQ.—No, hija mía, no...
CAR.—¿He cometido alguna incorrección y quieren ustedes advertirme?
MARQ.—No, por Dios, no es eso... Son noticias de Madrid... Joaquín vió allí a tu padre... Mercedes, venga usted también. (Llamando a la Duquesa y al Marqués de Moraleda.) Vengan ustedes.
CAR.—Viste a mi padre... Hace dos días recibí carta suya... Nada me decía de particular.
OND.—Sí, una carta suya; yo traigo otra para tí... Es algo grave.
CAR.—Me asustan ustedes.
OND.—Ya lo sabrás; nosotros solos. Ven...
MARQ.—Vamos... (Salen Carmen, la Duquesa, la Marquesa de Ondárroa, el Marqués de Ondárroa y el de Moraleda.)

Dichos, menos los citados.

FEL.—¿Cómo van a decírselo?
EUG.—¡Me da mucha pena!
TOTO.—Yo no podría.

Ric.—Yo tampoco sé dar malas noticias.
Pri.—¿Qué harás tú cuando yo muera, Dedé?
Dede.—No habléis de la muerte.
Prin.—¡La morte, la morte! ¡Triste cosa! Ma morire de la propia mano... Si vive sempre. Questo no..., si vive sempre... (Pausa.)
Gui.—¿Permiten ustedes que fumemos?
Toto.—Sí, sí... Están ustedes muy nerviosos... Calle usted con esos cascabeles... También es ocurrencia una cosa así, y nosotros con estos trajes. Haz el favor de quitarme estas alas... no sé qué me parece... Yo también estoy muy nerviosa. Si tuviera cascabeles, me sonarían como a usted. (Pausa.)
Paco.—¡Qué cosas! ¡Qué cosas!
Fel.—Callen ustedes...
Eug.—¿Se oye algo?
Toto.—No, no se oye nada.
Gui.—¿Y es verdad, Carlos, que sentiste eso?...
Carl.—¿Qué?
Gui.—Ese presentimiento.
Carl.—Sí, me sucede muchas veces. Todo lo malo que me ha sucedido en la vida lo presiento mucho antes.
Paco.—¿Todo lo malo? Cualquiera diría que eres tan desgraciado.
Carl.—¿No es desgracia vivir como vivo?
Paco.—Porque quieres. Llevas una vida imposible. Necesitas ejercicio físico, aire, luz... En Madrid te pasas los días enteros en la cama, leyendo libros raros.
Fel.—Ahora sí, ahora lloran...
Eug.—Sí, ahora sí...
Toto.—¿Y qué hará Carmen? Se irá a Madrid en seguida.
Paco.—Supongo.
Fel.—No, ahora no. Para encontrar su casa de ese modo... Estará con nosotros hasta que volvamos.
Eug.—Es natural.
Fel.—Yo pienso decir a papá que ponga a su disposición cuanto necesite...
Eug.—¡Qué buena eres!
Paco.—¡Qué corazón!
Leo.—¡Eres un ángel!
Fel.—Y cuidado que yo sé que ella no me quiere.
Gui.—Carmen no aceptará nada de nadie, de ti menos.
Fel.—¿Por qué dices eso?
Gui.—Porque la conozco.
Toto.—(A Ricardo.) Debimos marcharnos antes de ayer, cuando recibimos el telegrama de Josefina... Ahora, ¿quién se marcha en unos días?
Ric.—Claro está. Habrá que aburrirse.
Toto.—Ya se acabó todo... Las fiestas que se proyectaban...
Paco.—No, eso no; excursiones pueden hacerse.
Leo.—Claro que sí. No se bailará, no habrá fiestas, pero excursiones, sí.
Paco.—Cuando está uno triste, hay que distraerse.
Pri.—Dedé... estoy muy triste. Pienso en la muerte.
Prin.—¡La morte... la morte!...
Fel.—Callen ustedes... Vienen aquí... Traen a Carmen.

Todos.

Marq.—Vamos, ven con nosotros... A tu habitación nosotros solos...
Car.—Sí... sí...
Fel.—¿Sabe ya?...

Duq.—Ya lo sabe... ¡Pobrecilla! Va muerta de pena... (Todos se acercan y saludan.)

Todos.—Carmen...

Paco.—Amiga mía... Carmen...

Car.—Gracias, gracias... No puedo más... Déjenme, déjenme... ¡Ah!

Marq.—Vamos... ven... vamos... (Salen con Carmen, la Duquesa, la Marquesa, Felisa y Eugenia.)

Toto.—¿Cómo se lo dijeron ustedes?

Ono.—No lo sé. Creo que sin decírselo lo adivinó antes.

Mor.—No sabe lo que pasa; es natural... Una desgracia tan horrible...

Gui.—Y lo malo es después; la situación de su casa. Ella no tiene parientes cercanos...

Mor.—Y de los parientes no hay que esperar mucho.

Toto.—Yo debía ir también a acompañarla...; pero si no sé qué decir...

Pri.—Yo tampoco... En un caso así, pienso en todos mis muertos...

Paco.—(Bajo.) Un Warteló...

Gui.—No me hagas reir, no seas bárbaro...

Ond.—Amigos todos..., cumplido ya mi triste encargo, con su permiso me retiro a descansar. Mañana temprano vuelvo a Londres... Me despido de todos... Princesa... Príncipe... Hasta la vista, señores.

Todos.—Adiós... Adiós... Hasta la vista. Buen viaje, marqués...

Mor.—Voy contigo; fumaré un cigarro en tu cuarto mientras te acuestas... Charlaremos de cosas... Sabe Dios cuándo volveremos a vernos.... ya va uno siendo viejo, y el mejor día... Estas cosas le hacen a uno pensar... (Salen los dos.)

Gui.—La verdad es que esto de morirse... Si uno pensara...

Carl.—Yo lo pienso siempre.

Toto.—Yo nunca; me volvería loca. La vida es muy agradable. ¿No piensa usted lo mismo?

Paco.—Quién lo duda...

Leo.—La vida es muy hermosa.

Pri.—La vida... cuando se ama...

Prin.—¡La vita siempre, la vita!

Carl.—¡Sí, cuando se vive! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de la duquesa viuda de Talavera.

Carmen y después Eugenia.

Eug.—¡Carmen! ¡Ah! ¿Estás aquí?... ¿Por qué no contestabas?... Te busco por todas partes... ¿Qué te sucede? Huyes de la gente, de mí... ¿Has llorado? Hoy que debemos estar todos alegres...

Car.—Y yo me alegro de vuestra alegría y doy gracias a Dios que os la concede. Pero mi tristeza se sobrepone a todo, y quiero que sea sólo mía, por eso me oculto; por eso quiero estar sola.

Eug.—Entonces, es que no te alegras con nosotros. Si sólo fuera tristeza tuya, ¿por qué hoy más triste que otros días?

Car.—No me atormentes... Tú no comprenderías la causa de que mi tristeza sea hoy mayor; quizá te parece egoísmo, ingratitud, envidia tal vez. ¿No es eso?

Hoy que ha vuelto tu hermano después de la triste separación, restablecido por completo; hoy que tu madre es dichosa, y se alegra esta casa que yo entristecí más todavía.

Eug.—¿Tú? Al contrario. Nosotras sí que nada hemos podido con tu tristeza; ya lo veo.

Car.—No, Eugenia, no. Sin tu madre, sin su generosa protección, ¿qué hubiera sido de mí? Como mi casa fué para mí esta casa; tu madre y tú, habéis sido tan buenas conmigo, que siendo vuestra la bondad, parece vuestra la gratitud. Así hacen el bien las almas buenas; al ofrecer, parece que aceptan y así vuestra delicada bondad me dejó siempre la ilusión de que os pagaba en algo, cuando os lo debo todo.

Eug.—¿Quién habla de eso? Es tu casa; mi madre, madre tuya también; nosotras, hermanas; así es, y será siempre.

Car.—Siempre, sí; pero no en esta casa. Ya no es lo mismo.

Eug.—¿Que no es lo mismo? ¿Por qué?

Car.—Ya no estamos solas tres... ya no es lo mismo.

Eug.—¿Porque ha vuelto Carlos?... Si él supiera que por haber vuelto pensabas tú en marcharte... Ya viste cómo escribía siempre.

Car.—Carlos, lo mismo que tu madre, comprenderán mis razones; mi posición aquí sería falsa, equívoca...

Eug.—No digas eso; yo sé por qué lo dices; pero no pienso como tú. No hay posición falsa ni equívoca, cuando un cariño verdadero nos la ofrece... ¿Qué puede suceder?... Que Carlos te quiere como hermano; pues con nosotros siempre, como hermanos... ¿Que te quiere más todavía?... Pues con nosotros siempre también... ¿No has pensado nunca que Carlos te pudiera querer de ese modo?

Car.—Porque lo he pensado, porque lo sé, para qué engañarte; comprendo que al volver Carlos yo no puedo permanecer aquí.

Eug.—Eso sí; bien está; saldrás de esta casa, pero no como tú has pensado... Si mamá y yo hemos hablado mucho de esto; si todo está previsto... Las dos haremos un viaje; un viaje corto... y después...

Car.—¿Qué dices?... que tu madre.

Eug.—Sí, no sabes la preocupación de mi pobre madre al pensar en la suerte de mi hermano; al verlo siempre enfermo... Cuando mi madre faltara... Era inútil que yo perjurase para tranquilizarla que nunca me separaría de él: a mi madre le afligía más mi promesa, porque le parecía que era para mí un sacrificio.

Car.—Y tu madre hubiera querido casar a Carlos...

Eug.—Sí, pero antes, enfermo como estaba, ¿qué mujer le hubiera querido, si no por cálculo, o por vanidad?

Car.—¡Eugenia!

Eug.—¿Por qué me miras así?

Car.—Por nada. ¡Qué hermosa inocencia!

Eug.—¿No crees lo mismo? Claro está que a mi hermano nunca le hubiera faltado con quien casarse, y eso era lo que temía mi madre: que él se enamorase de cualquier mujer ambiciosa y perversa. Su carácter es tan débil... tan fácil dominar su corazón...

Car.—Y ahora, ¿no le importa que se haya enamorado de mí?

Eug.—Es su mayor alegría. Mamá dice que eres la esposa ideal para Carlos; la que ella hubiera soñado.

Car.—Eso dice. ¿Y quién le asegura a tu madre que no sea yo esa mujer ambiciosa, perversa?...

Eug.—¡Tú! ¿Creer mi madre eso de ti?... Un año de continua intimidad es bastante para conocernos, por mucho que nos esforcemos en fingir.

Car.—¡Un año! ¡Un año de tristeza! Cuando la tristeza pesa sobre nosotros, no somos los mismos... Tu madre está segura de mí; pero los demás... ¿No pudieran creer que, por ese cálculo, acepté vuestra protección; que he representado

aquí una comedia para ganarme vuestro cariño, para recuperar mi posición y mi fortuna?... Ya ves cómo debo marcharme; lo que temió la previsión de tu madre, lo que repitió tu inocencia, es lo que diría mañana todo el mundo, cuando supiera que yo me casaba con tu hermano... Yo, que antes había despreciado su cariño, su nombre y su fortuna, cuando me creí, por lo menos, tan noble, tan rica y tan elevada como vosotros... Sí, me confieso con toda la sinceridad de mi corazón... Tu hermano me quiso siempre, y yo me burlé de su cariño; si ahora lo aceptara, ¿qué debía pensar él? ¿Qué debían pensar todos? ¿Qué pensaría yo de mí misma? No, no; mi orgullo de raza es lo único que pude salvar en la ruina de nuestra familia; pude aceptar, no la que acepté de vosotros, generosa y digna, una limosna; la más humillante si todos creían que era eso sólo, una limosna que se me daba; no aceptaré nunca; no puedo aceptar de nadie lo que todos creerían que yo había robado.

EUG.—¡Carmen!

CAR.—¡Calla! Tu madre... No la digas una palabra de esto. Yo sola hablaré.

Dichas y la Duquesa.

DUQ.—¡Hijas mías!

EUG.—¡Mamá! ¿Y Carlos?

DUQ.—Pude conseguir que se recogiera a descansar. No quería; viene deseoso de hablar, de preguntarme... y tan alegre... Soy muy dichosa. Todos los que le ven le encuentran como nunca. El director del Sanatorio ya ves lo que me escribe. Si antes me hubiera decidido a dar este paso; pero él, por su parte, nunca tuvo energía para decidirse a nada: parecía complacido en su dolencia, dijérase que la cultivaba... Le habíamos mimado tanto. . A mí, sólo de hablarme de Sanatorio, me estremecía. En España, para los señores antiguos como yo, sobre todo, esto de Sanatorio nos suena todavía a hospital o a casa de locos. Y me horrorizaba pensar en separarme de mi hijo.

EUG.—Pues ya ves cómo ahora te alegras y darás por bien empleada la separación que parecía tan larga... Un año que ha pasado sin sentir...

DUQ.—Para vosotras, que sois jóvenes; a mí me ha parecido eterno... Yo he encontrado a mi hijo más joven y más fuerte que nunca; él me ha encontrado envejecida, acabada... y él me ha visto hoy, cuando la alegría me rejuvenece... Carmen, hija mía, tengo que pedirte un favor.

CAR.—¿A mí?

DUQ.—Ha pasado el año desde la muerte de tu padre: por eso me atrevo a pedirte que por un día dejes tu luto; seguiremos el precepto de corte; gala quita luto, y yo quiero que haya un día de gala en mi casa para celebrar la vuelta de mi hijo: daremos una fiesta. ¿Qué os parece?... Desde los primeros años de mi matrimonio no se dió aquí ninguna.

EUG. —Para mí será la primera. ¡Qué alegría!

DUQ.—Y hoy quiero que también adornéis estas habitaciones con flores; que preparéis el té para los amigos. Han sido muchos los que han acudido a preguntar por Carlos, y quedé en recibirlos esta tarde. Vamos, Carmen. ¿Estás triste, preocupada?

CAR.—Sí, sí lo estoy; deseaba hablar contigo.

DUQ —¿Qué te sucede?

EUG.—Ya lo sabrás. Lo primero será decirte que se marcha hoy mismo de esta casa. Por ese disparate, puedes presumir lo demás...

DUQ.—¡Bah! No me asusto. Yo creo que apenas hable conmigo, estaremos de acuerdo.

EUG.—¿Lo crees? Yo no sé. Carmen es muy terca, lo digo delante de ti, y muy altiva.

DUQ.—Hace bien; tiene carácter... (A Eugenia.) Tú, déjanos. (Sale Eugenia.)

Duq.—¿No es verdad, hija mía, que estaremos de acuerdo?

Car.—Cuando yo lo esté conmigo misma; cuando yo vea claro en mi corazón. Por eso antes que nada quisiera alejarme de aquí; verme yo sola, como me hubiera visto desde la ruina de mi casa, darme cuenta exacta de mi posición en el mundo, que hasta ahora no pude comprender con verdad. Tu generosidad, la de tus hijos, no me dieron tiempo a sentir el desamparo de mi situación... Conocí que era tan espontaneo y tan sincero vuestro ofrecimiento, que me hubiera parecido tanta ingratitud no aceptarlo entonces, como aceptarlo, para corresponder después con mi ingratitud... Yo sé que Carlos me quiere; sé que tú me juzgas digna de su cariño; estoy orgullosa de merecer su cariño, y tu estimación más que su cariño... pero no estoy segura de mí; no creo merecerlo y tengo miedo de mí misma; ¡tengo miedo!

Duq.—Miedo. ¿Por qué? ¿Es que tú no quieres a Carlos como él te quiso siempre? Conozco a mi hijo; yo sé que solo por ti consintió en buscar la salud y la vida; yo sé que sólo por tu cariño vuelve lleno de alegría y de esperanza. ¿Y tú?

Car.—Yo sé que me burlaba de su cariño; tú lo sabes también. Yo ignoré siempre la situación de mi casa; la ceguedad del cariño de mi padre, fué nuestra ceguedad. Entonces yo creía que era a mí a quien debía quererme por interés; que era yo la que podía comprar; no la que pudiera venderse nunca. Sabía estimar a los más dignos; pero yo no sé qué malsano placer hallaba en atormentarlos, en burlarme de todos... Y de todos sólo Carlos fué el digno, el constante, el generoso; sólo por él siento ahora verdadero cariño...

Duq.—Entonces...

Car.—Pero es que él tiene derecho a dudar de mí; y como él, todo el mundo, y yo misma... Ahora le quiero porque es el único, y viene a ofrecerme su nombre y su posición; a mí que nada tengo; que a estas horas me hubiera muerto desesperada de humillación y de vergüenza, sin la generosidad de esta casa. Y más aún... lo que yo temo... si al recobrar posición y fortuna, vuelvo a ser lo que era; si aquella altivez mía vuelve aumentada con el deseo de humillar a los que me humillaron, de despreciar a los que me despreciaron... Carlos era antes el mismo, ¿por qué no lo quise hasta ahora?... Entonces éramos iguales; yo así lo creía por lo menos...

Duq.—Carlos sabía que la ruina de tu casa era segura.

Car.—Ya lo ves, y me quería. El siempre generoso, él siempre enamorado; y yo ahora; hasta ahora no... No es que pueda despreciarme él; soy yo quien se desprecia; soy yo quien no le merece, quien no le acepta... Es orgullo, si quieres: pero ya que este orgullo fué mi culpa, que sea mi castigo...

Duq.—No reniegues de ese orgullo. Es nuestra mejor cualidad. Ese orgullo de raza, es la mayor seguridad de que nunca cometeremos ninguna acción indigna; y si por flaqueza cometemos alguna, ese orgullo nos hará retroceder a tiempo. Yo sé cómo puede salvarnos ese orgullo de raza, que yo llamo altivez. Por eso mismo, si estás segura del cariño de Carlos, si estás segura también de que hoy le quieres, ¿por qué has de temer a la opinión de nadie?... Pero si salieras de esta casa, si rehusaras nuestra protección, ¿sabes lo que sería de tí? ¿Lo has pensado?

Car. El marqués de Ondárroa, excelente amigo de mi padre, me aseguró que mediante un arreglo con nuestros acreedores, esperaba salvar una modesta renta que me bastaría para vivir con decoro. Hoy esperaba verle; sé que llegó ayer a Madrid con su familia.

Duq —Piadosa mentira del buen marqués. Nada ha podido salvarse. Te engañaron El marqués, de acuerdo con su hija, pensaba señalarte esa pensión.

Car.—¿Tú sabes?

Duq.—Yo sé que de la hija del marqués, casada hoy con mi sobrino Guillermo, no puedes, no debes aceptar nada.

CAR.—No, no... Nada, tú lo habrás dicho.

DUQ.—Dije que nada necesitabas en nuestra casa, ni fuera de ella, si algun día dejabas esta casa por tu voluntad.

CAR.—Gracias, gracias...

DUQ.—El marqués es muy bueno; un perfecto caballero, y quería mucho a tu padre; pero mi sobrino Guillermo no es lo mismo. Estaba muy enamorado de tí; pero conocía muy bien la situación de tu casa; y Guillermo no es como mi hijo, tuvo miedo. Prefirió redorar sus blasones con el oro flamante de los Ondárroa. Yo sé que a Guillermo le agradaría dispensarte su protección; estoy segura de que no te ha olvidado todavía, le conozco bien; lo mismo era su padre, mi cuñado. Consiguió cuanto se propuso; murió loco, porque no pudo conseguir algo por primera vez en su vida: comprometer la honra de una casa y de una mujer que supo resistirle... Por algo te dije que el orgullo de raza es una virtud. Nunca te falte en los momentos decisivos de tu vida. Pero ahora no; ahora no tienes razón. No aceptas sólo un nombre, una fortuna; no es que recobres tu posición en el mundo; es un sacrificio el que aceptas... es un bien el que me haces... Carlos está hoy bueno, pero los médicos aseguran que estará siempre amenazado de terrible suerte; yo, con más razón, debo temerlo. Tu cariño es la única esperanza de salvarle. Tú no lo sabes; eres su delirio, su locura... que esa locura sea la única; y si otra más terrible le postrara, sólo en tí veo la mujer capaz de sacrificarse por él. Tú sola serás capaz de la abnegación y del sacrificio necesarios. Porque tu corazón es fuerte, y en tu corazón el orgullo de raza sabrá recordarte siempre lo que nos debemos entre iguales... Ya ves cómo te hablo; como a una hija... Yo creí que era mi deber salvarte de la pobreza vergonzosa; de sus humillaciones... ¿Comprendes?... Te doy con mi hijo el nombre de esta casa. ¿Aceptas?

CAR.—Sí... Lo comprendo... Lo acepto...

DUQ.—Salva a mi hijo; sálvamelo, por la memoria de tu padre, que murió por salvar el honor de vuestro nombre.

CAR.—Sí, sí; por la memoria de todos los nuestros. No es sacrificio, es mi deber... Ya estoy tranquila; ya pueden decir lo que quieran; tú me dijiste la verdad...

DUQ.—Yo sé que mi pobre hijo te quiere con toda su alma, y sé que tú le querrás también; y el cariño te dará fuerzas si llegara el día de sacrificarle; y si ese cariño te faltara, el orgullo de raza te sostendría en el sacrificio... Serás igual a a mí; para mí ese orgullo fué más fuerte que todo; más fuerte que el amor...

Dichas y Eugenia, con un brazado de flores.

EUG.—Mamá.

DUQ.—Entra, hija, entra.

EUG.—Perdonadme si vuelvo antes que me llaméis; pero Carlos se ha despertado, os busca, vendrá aquí... Temí que os viese emocionadas...

DUQ.—No: puede venir. Carmen es como yo; sabe afrontar con entereza todas las situaciones de la vida.

EUG.—¿Y estáis de acuerdo?

DUQ.—Siempre. Abraza a tu hermana.

EUG.—¿Es verdad, hermana mía?

CAR.—¡Hermana!

DUQ.—Saluda a la duquesa de Talavera, que sabrá honrar el nombre de nuestra casa.

Dichas y Carlos.

DUQ.—¡Carlos! ¡Tan pronto! ¡Buen descanso!..... Si vuelves a tu vida de siempre...

CARL.—No me riñas; hoy son mis vacaciones de enfermo; un día, un día solo; después sujeto otra vez a todo lo que me digan... Ya lo habeis visto. ¿No he sido obediente como un niño?... Si ahora soy yo quien no quiere contemplaciones ni mimos de nadie; energía, mucha energía, como allí. Pero hoy, no; dejadme... Si no pude pegar los ojos; sabía que estábais tan cerca de mí... Allí, ya os lo habrán dicho, dormía ocho y nueve horas; buscaba el sueño, lo deseaba, era la única esperanza de veros; tantas veces soñaba con vosotras; pero aquí al contrario, soñaría con aquello... y el despertar es veros de verdad, teneros muy cerca... Y por eso hoy desperté tan pronto, porque nada podía traerme el sueño mejor que este despertar.

EUG.—De niño mimoso que despierta entre besos: el de mamá...

CARL.—Mi madre querida.

EUG.—El de tu hermana, que si fuera capaz de sentir envidia te tendría mucha rabia, porque te has llevado todo el cariño de nuestra madre.

CARL.—Si creyeras tú eso no ibas a tenerme envidia, aunque no lo dijeras...

DUQ.—¡Qué tonta!

CARL.—¡Vuestros besos!... Allí, al despertarme, besaba vuestros retratos.

EUG.—¿Cuántos retratos?

CARL.—Vuestros retratos.

EUG.—Aquí estamos tres personas, y vuestros es plural.

CAR.—¡Eugenia!

DUQ.—No hagas caso.

CARL.—Faltaba uno, tienes razón. ¿Verdad, Carmen?

CAR.—¡Carlos!

CARL.—El que yo tenía era un retrato de otro tiempo... un retrato en traje de fiesta... Se quedó aquí. Yo hubiera querido para tenerlo cerca, otro retrato, de ahora, así, más triste, pero de ahora. Es mala idea, ¿verdad? Preferirte triste. ¿Qué pensarás de mí?

CAR.—No; haces bien, No podía parecerte lo mismo aquel retrato que éste. Pero también era yo aquélla, y así me quisiste también. Ahora es cuando tal vez no debías quererme.

CARL.—Para mí fuiste siempre la misma. Ya sabes que mi corazón o mis nervios excitados de enfermo, según dicen, lo presentían todo. ¿Te acuerdas, poco antes de saber la muerte de tu padre?

CAR.—¡Es verdad!

CARL.—¡Como te reiste de mí aquella noche!

CAR.—No lo recuerdes.

CARL.—Pues lo mismo que entonces presentia yo muchas veces que una gran tristeza haría muy pronto de ti, de aquella criatura orgullosa que se burlaba de todo sentimiento, esta de ahora, ennoblecida por el dolor. Entonces, ¿qué sabías tú de la vida? ¿Qué habías sufrido tú? Tus furorcillos de niña mimada, eso era para ti todo el dolor humano. Ahora ya sabes que hay más tristezas que la de destrozar un traje que estropeó una modista, o la de pasar un verano en España en lugar de pasarlo en Francia. Yo hubiera sido como tú, si la tristeza de sentirme morir en cada día de mi vida no me hubiera hecho pensar en algo que no podía darme todo el cariño de los míos, ni lo elevado de mi cuna y de mi posición... Yo sabía que habíamos de encontrarnos por fin como ahora. Y no es que ahora no recuerde a la de entonces y me parezcas otra; es que entonces ya sabía yo que habías de ser la de ahora.

CAR.—Tú si que siempre fuiste el mismo; siempre bueno, siempre generoso...

CARL.—Por mi desgracia. Tú no sabes lo que es asomarse a la vida desde las puertas de la muerte, sin atreverme a entrar hacia la vida; sintiendo siempre que muy pronto había de llamarme la muerte. La solicitud extremosa de cuantos me rodeaban desde niño, disfrazaba mal sus temores con caricias; yo me daba cuenta de todo; y desde niño aprendí a observar a los demás y a observarme yo mis-

mo; y cuando más lejos me creían, estaba yo más cerca para escuchar, y escuché muchas veces: ¡No es posible que viva! ¡Sí, no vivirá! ¡Sí, se muere!...

Duq. —¡Hijo mío!

Carl.—Así fué toda mi vida, como una larga agonía; la hora dulce en que todo mal se olvida y se perdona, el que hicimos, el que nos hicieron. Nadie me quiso mal, quizá porque todos sabían que mi vida por breve, no sería un estorbo a nadie; a todos quise bien, porque todos fueron buenos conmigo... Viví entre personas queridas, y viví como se muere, rodeado de caricias; con palabras de amor y de esperanzas... Sólo tú fuiste cruel conmigo... por eso te quise con más fuerza; tú no eras compasiva como los demás. Y mira, cuando respondiste a mi declaración emocionada, con tus desprecios, con tus burlas, por vez primera sentí dos emociones contrarias, pero gratas las dos; la esperanza de vivir y la confianza en tu lealtad... ¡Sabía yo de tantas que deseaban casarse conmigo, confiando en que había de morirme pronto! Y tú no; tú ni me compadecías ni me engañabas; y te quise como se quiere a la vida, que sólo acepta a los fuertes para ofrecerse a ellos con todos sus goces; y por ti deseé ser fuerte y vivir, y pedí con ansia curación y remedio... Y este deseo de toda mi alma dió vigor y energía a mi cuerpo... Y vivo porque quise vivir... y una vez más el amor venció a la muerte.

Duq.—Sí, hijo mío... pero tus nervios necesitan reposo y te exaltas hablando... Cálmate... Calla.

Carl.—Necesito hablar; el silencio me angustia. Allí hablaba tan poco...

Eug.—Sí; no sería una sociedad muy agradable...

Car.—¡Qué triste debía ser!

Carl.—Había muchos enfermos; yo era el único razonable de todos; creía serlo.

Duq.—Claro está. Tu razón nunca estuvo perturbada, ni lo estará nunca; no es ese el peligro...

Car.—¿Y no hablabas nunca con los otros enfermos?

Carl.—Muy poco. Palabras indiferentes. Pasábamos todos como desconocidos. Ninguno tenía confianza en los demás. Cada pensamiento era allí como una isla inaccesible; aquellos infelices guardaban cada uno para sí su locura... su idea, como enamorados celosos.

Duq.—Bien está. No hables de eso. Deja tú los recuerdos, y vosotras la curiosidad... Traed esas flores... Han entrado coches en el jardín... Eugenia, hija mía, da orden para que lo dispongan todo. Deja que hablen; ten discreción; ya la tendrán ellos para ti algún día; cuando yo falte, que será muy pronto.

Eug.—No digas eso, porque entonces voy a precipitar los acontecimientos. Al lado de los enamorados sólo sienta bien una figura venerable... y está justificado un buen sueño.

Dichos, un Criado, después el Marqués de Moraleda y la Princesa Savelli.

Cri.—¡La princesa Savelli!... ¡El señor marqués de Moraleda!

Duq.—Pueden pasar aquí. Vienen a saludarte, si no te cansa...

Carl.—No, no, que venga todo el mundo; todos son muy cariñosos... es muy amable todo el mundo. (Entran la Princesa y el Marqués.)

Duq.—Queridos amigos... Los primeros en felicitarme...

Mor.—No; un abrazo, un abrazo. Ya sabéis vosotros cuánto os quiero.

Carl.—Y a ti todos en esta casa.

Pri.—Usted sabe cómo yo me alegro con la alegría de mis amigos. Yo no sabía que Carlos hubiera llegado; me encontré al marqués, él me lo dijo, y fué tan amable, que quiso acompañarme.

Mor.—Eugenia, un abrazo también; un abrazo.

Eug.—Con toda mi alma.

Mor.—Carmen .. ya sé que tú también te alegras, en medio de tu pena natu-

ral. Yo tampoco puedo olvidarme... no me acostumbro... ¡Triste vida esta; triste vida! Para no pensar en nada si se quiere vivir. Pero chico, el aspecto es magnífico. ¡Qué buen semblante!

DUQ.—¿Verdad que sí? Todo el mundo lo dice.

PRI.—A todos nos convendría una temporada de recogimiento de cuando en cuando. La curación por el reposo, que ahora prescriben muchos médicos. ¿Quién no está un poco «detraqué» con esta vida nuestra de sensaciones rápidas, violentas, en las que, si somos espectadores, lo somos como de un cinematógrafo; si actores, como si batiéramos un «record», el «record», he aquí la vida moderna; el «record» de la riqueza, el de la ambición, el de la fama, el del placer... Hay que llegar a todas partes y llegar pronto, y llegar antes que todos. En mi última novela, que probablemente titularé así: «Le record de l'amour», estudio este mal del siglo en uno de sus aspectos: el del amor...

CARL.—Será interesante... ¿Y el príncipe?

PRI.—Vendrá en seguida. Se le llevó Quique en su automóvil; fueron de expedición.

CARL.—¿Quique?

MOR.—Paquito, Paquito Utrilla...

CARL.—Ah... sí...

MOR.—Quique; ahora le llamamos así.

PRI.—Ya tardan. Estoy intranquila; son muy locos; se matarán un día de estos.

MOR.—¿Por qué deja usted ir al príncipe con Paquito? Van a dejarle a usted viuda el mejor día... El príncipe, que antes sólo se dedicaba al arte, arriesgarse así...

PRI.—Por no separarse de Quique. No sabe estar sin él.

EUG.—(A Carmen.) Estas aquí... (Colocando unas flores.) Dispondremos el té en la rotonda. (Salen Carmen y Eugenia.)

PRI.—(A la Duquesa.) Tiene usted que aconsejarme sobre la compra de unos encajes que me han ofrecido; usted que posee la colección más hermosa que yo conozco; me aseguran que son antiguos, de Bruselas; creo recordar que usted me enseñó algunos muy semejantes.

DUQ.—Si quiere usted verlos, aquí están. (Señalando a una habitación contigua.) Los guardo en una vitrida; porque, ciertamente, son magníficos, dignos de un museo... ya no se fabrican así. Pase usted... Hasta ahora. (Salen la Duquesa y la Princesa.)

Carlos y el Marqués de Moraleda.

MOR.—Ya te habrás enterado de que ahora estamos en pleno naturalismo; ya no es Dedé; es Quique.

CARL.—¡Qué graciosa mujer!

MOR.—El pobre Dedé, no sabes, cayó en la más horrible desgracia; la princesa le acusó de haberle robado unas alhajas; le vimos en el estado más lamentable, tocando el piano en un café. ¡Pobre favorito de un día! ¡Oh, y la princesa es terrible; cuando ya no quiere, odia; persigue con ferocidad! Cada novela suya, ya se sabe: su última historia de amor, en que ella figura siempre como víctima; y el infeliz de turno como un reverendo trapo. Unas veinte lleva publicadas.

CARL.—Y el príncipe, ¿qué papel juega en ellas?

MOR.—El príncipe paga la edición y corrige las pruebas; porque asegura que su mujer descuida el estilo y que sin estilo no hay arte posible. Yo le dije un día, sin que él lo entendiera, porque con él siempre hay esa ventaja: querido príncipe, no sé por qué usted dice que la princesa descuida el estilo; porque si el estilo es el hombre, nadie con más estilo que la princesa.

CARL.—Sois crueles. Yo veo que el príncipe adora a su mujer; que la contempla y escucha extasiado; y esa adoración ciega, que nada ve o nada quiere ver, me parece sublime de cualquier modo.

Mor.—Chico, chico, con esas ideas no te cases: por lo menos, no te cases enamorado; porque si tú crees que un gran amor debe pasar por todo...

Carl.—Si es verdadero amor, sí. Amor ideal, amor del alma, el que solo desea la felicidad de la persona amada, sin exigirle en pago nuestra felicidad... Porque no somos capaces de sentir ese amor, es por lo que solo nos parece amor el otro; el nuestro, el egoísta, el exigente, el que dice; «si no eres dichosa conmigo, no quiero que seas nunca dichosa», el que golpea, el que mata, el de los celos, el de los crímenes; el que hace del hombre más inteligente y educado, que aun en la mayor miseria, muriéndose de hambre, no se atrevería a robar con violencia un pedazo de pan a otro hombre, un bruto de instinto, que, sin atender al agrado de la hembra, pretende hacerla suya; como si el brutal impulso que dice: «quiero», fuera ya una razón para ser querido.

Mor.—Vuelvo a aconsejarte que, si te casas, no expongas esas teorías a tu mujer, y mucho menos a tus amigos.

Carl.—Si yo me caso, si yo me caso... ¿Qué será de mis pobres teorías?... No serán ellas las que gobiernen mis acciones. ¿Seré un Otello, que ahoga, por leves indicios, para él más dignos de fe que las sagradas escrituras? ¿Seré un Mr. de Bergeret, el hombre todo entendimiento y reflexión, que reduce por atenuado atavismo toda la acción violenta de sus celos, a destrozar el maniquí de mimbre de la infiel esposa? Llegado el caso, mi razón optaría siempre por el inteligente profesor; mis nervios, mi sangre, esta pobre vida mía, ¿qué dispondría de mí? Ni aun si dos veces se presenta la misma situación en nuestra vida, podremos asegurar que nuestra conducta será la misma. Un día lo perdonaremos todo; otro día mataremos por nada... ¿Y quién sabe cuándo es mayor el cariño? ¿Cuando nada perdona, o lo perdona todo?... El príncipe, dices, el príncipe sería casi divino, si fuera como es, por convencimiento, dándose cuenta de su grandeza; así, sólo es un ridículo personaje de quien todos nos reímos, y al que nadie quisiera parecerse...

Mor.—Es verdad... Pero calla: aquí le tenemos con Paco; inseparable suyo... No, en medio de todo, me parece que sabe lo que se hace. No es mal sistema el suyo. El no vigila mucho a su mujer, pero en cambio no se separa mucho de sus amigos: lo que dirá él si alguna vez le cuentan algo: ¿con Fulano? ¡Imposible!.... Si no se separa de mí en todo el día... y siempre es una tranquilidad.

Dichos, el Príncipe, Paco y Leopoldo.

Paco.—¡Carlos! ¡Querido Carlos!

Leo.—¡Qué alegría, chico!

Carl.—¡Paco! ¡Leopoldo!... ¿Cómo me encontráis?

Paco.—Al pelo, chico; al pelo. ¿Qué te decía yo? Cambiar de vida...

Prin.—Amigo mío... si sono contento .. Ahora e benone Non tanto interesante como prima... Era un bel fine de raza, questa nobile raza española; era un Greco allora... con la febbre a gli occhi... La princesa lo diceva sempre.

Mor.—(Bajo a Carlos.) Estabas en candidatura.

Paco.—Déjese usted de poemas, querido príncipe. Usted también es otro desde que hace usted otra vida.

Prin.—¡Oh!, y me gusta... El campo, l'aria... ¿Come mi trova?...

Carl.—Floreciente, querido príncipe.

Prin.—Ho quitado la morfina, ho quitado el éter, ho quitado el champagne, ho quitado... ho quitado tutto.

Paco.—Pues chico, nosotros hemos hecho una expedición deliciosa... Algunos días tienes que acompañarnos... Es lo que te conviene. Si vuelves en Madrid a tus lecturas, a tus encerronas...

Carl.—No, ahora no; mi vida será otra. Sí, aquello no era la causa; era el efecto de mi enfermedad; mi neurastenia; mi depresión continua. Ahora estoy muy

bien; sin dolores de cabeza; ni aquellas palpitaciones, ni aquellas tristezas, ni aquel esfuerzo que suponía en mí cualquier resolución... Además, dentro de poco, espero daros una noticia.

LEO.—De boda, ¿verdad? Sí, no es un secreto en Madrid. Con Carmen Valdequejido.

CARL.—¿Se dice ya?

PACO.—Desde que vino a esta casa.

CARL.—Pues entonces no podía pensarse en nada. Yo estaba muy mal todavía.

PACO.—Por cierto que Carmen está guapísima; el luto la sienta muy bien. Te llevas la mujer más hermosa de Madrid.

LEO.—Será una duquesa espléndida. Continuará la tradición de la casa.

PACO.—Y su carácter ha cambiado mucho. Yo, ahora, la quiero de verdad; y antes, te lo digo, me era muy antipática.

CARL.—Su carácter era desagradable; pero nunca ligero.

PACO.—Eso no; y siempre supo guardar en todo la más exquisita distinción.

CARL.—Hoy va es una mujer; y aleccionada por una gran desgracia, su carácter se ha fortalecido; ahora sabrá emplear con acierto aquella energía que fué siempre su mejor cualidad. Mi madre está encantada con ella, y mi hermana, y todos; y hasta los criados, que no suelen mirar con buenos ojos a los extraños en una casa.

PACO.—Sí, sí, no tendrás por qué arrepentirte de la elección.

PRIN.—¡Quique! ¡Quique!

PACO.—¿Cosa vuole, príncipe?

PRIN.—¡Oh, que italiano! ¡Pecatto!... ¡Sentite!... El marqués no quiere creer que este capello e mio... mio... Ustedes me han visto ducharme; ditele, ditele; mio mio e color naturale. ¿No prendo mi ducha y non cambia colore?

PACO.—Cierto, cierto...

Dichos, la Duquesa, la Princesa y Eugenia.

PRI.—No me canso de ver nunca sus colecciones. ¡Qué maravillas! ¡Ah, ya están aquí!

PACO.—Duquesa. Ya hemos tenido el gusto de ver a Carlos. Felicito a usted...

LEO.—Es otro hombre.

PRIN.—E mañifico e mañifico. Miei complimenti, duquesa cara; sá come la quiero bene, e tanto gentille por noi.

DUQ.—Gracias, gracias a todos.

PRI.—¿Sin contratiempo la expedición?

PACO.—Deliciosa, ni una panne.

PRI.—¿Y para mañana han proyectado ustedes otra?

PACO.—Por supuesto. Si quiere usted acompañarnos...

PRI.—No, gracias. ¿Pero es que no se puede contar con ustedes ningún día? Tengo que resignarme a ir sola a todas partes... Vale la pena de tener amigos.

PRIN.—Mi mujer a ragione. Mañana resto io, mi sacrifico.

EUG.—Si quieren ustedes tomar una taza de té...

PRIN.—Sí. ¡Bravo!

EUG.—Vengan ustedes.

MOR.—Vamos allá...

PACO.—Yo, té y algo más sólido. Ya sé que aquí el té no se sirve como en casa de la princesa.

MOR.—No; allí cuando se dice té, no se engaña a nadie; con azúcar, y gracias...

Dichos, Totó y Ricardo.

RIC.—Señores... ¡Carlos!

Toto.—Duquesa... Querido Carlos...

Mor.—¡Oh! «Les revenants». ¿De dónde se aparecen ustedes? ¿No estaban ustedes en camino del Polo, poco menos?

Ric.—Es verdad, poco menos: no pensábamos haber vuelto en todo el invierno.

Duq.—¿Les ha ocurrido a ustedes algo desagradable?

Toto.—¡Ay! ¡Una sorpresa! Después de cinco años.

Mor.—¿Cinco años de qué?...

Toto.—De matrimonio.

Mor.—¡Ah! Vamos... Es para lo único que no han corrido ustedes; pero era lo único que podía detenerles a ustedes.

Toto.—Sí; es una verdadera penne.

Duq.—¿De modo que se quedan ustedes en Madrid?

Ric.—¡Qué remedio! ¿Quién se expone a un accidente de viaje?

Toto.—Yo, por mí, hubiera seguido, pero Ricardo no se atreve. Además quiere que sea madrileño, como nosotros...

Duq.—Pero estarán ustedes muy contentos; siempre es una alegría. Ya no necesitarán ustedes viajar tanto para no aburrirse.

Toto.—¡A! Ya será otra vida.

Ric.—Todavía, lo más pronto posible, tenemos que hacer un viaje a la montaña.

Toto.—A elegir nodriza; hay que estar prevenidos, y ocho o diez días a París a encargar la «layette» y hacerme yo unos trajes a propósito para esta temporada.

Mor.—No; si todavía nacerá en un furgón de cola.

Toto.—Ay, no, qué disparate; con el miedo que tengo y la ilusión también, sobre todo si es niña, y rubia y con los ojos negros. Ya le hemos comprado una caja de muñecas japonesa, que es una preciosidad, con sus «musmés», con sus trajecitos bordados y sus abanicos. Y en París también le compraremos muñecas.

Mor.—Por si acaso compren ustedes también una caja de soldados. Y si al fin es chica no importa; al fin y al cabo a las mujeres siempre les gustan los militares; que se acostumbre desde pequeña.

Ric.—Y ustedes ¿pasarán aquí el invierno?

Duq.—Aun no sabemos; si Carlos sigue bien...

Ric.—¿Quién lo duda? Si era sabido; en cuanto se sujetara a un plan serio.

Eug.—Mamá, mamá. Emilia y Felisa están aquí...

Duq.—Vamos... Vengan ustedes; tomaremos una taza de té. (Entra Guillermo.) Hola. Guillermo.

Gui.—Querida tía... ¡Primo!

Carl.—¡Guillermo!

Gui.—Cuanto me alegro. Ya sabía que estabas muy bueno. En París vi al doctor hace pocos días y me dijo que ya no tardarías en venir... Nosotros hemos llegado esta mañana... Ahí tienes a Emilia y a Felisa.

Carl.—Voy a saludarlas. ¿No vienes?

Gui.—Yo espero aquí a Carmen. Tengo que hablar con ella. Mi suegro me ha dado un encargo; asuntos de familia; como era tan amigo de su padre...

Carl.—Sí .. Aquí la tienes... (Entra Carmen.) Guillermo dice que quiere hablar contigo; un encargo del marqués; de su suegro...

Car.—Sí; ya sé...

Carl.—Voy a saludar a Emilia y a tu mujer... Hasta ahora, ¿eh? (Sale Carlos.)

Carmen y Guillermo.

Gui.—Mi suegro llegó esta mañana con nosotros; pensaba haberte visto; pero al llegar encontró aquí un telegrama y tiene que salir esta tarde para Londres.

Me encargó, que, en su nombre, te dijera que todo estaba arreglado; aquí está la nota con la relación de sus gestiones; la cantidad disponible, cómo y dónde puedes hacerla efectiva. Entérate.

CAR.—No, guárdalo todo. Yo escribiré al marqués dándole las gracias por su generosidad; por el piadoso engaño con que pretendía favorecerme. A ti, con quien yo sé que habrá contado para todo, te diré que no acepto nada; y tú, mejor que el marqués, comprenderás que nada puedo aceptar de ese modo, y que nunca debiste consentir en que yo, engañada por la bondad del marqués, hubiera podido aceptarlo nunca, ignorando su origen, o creyendo vosotros, tal vez, que fingía ignorarlo.

GUI. —No sé lo que quieres decir, no te entiendo...

CAR.—¡Bah! ¡No finjas conmigo! Lo sabes muy bien; guarda esos papeles; no se hable más de esto.

GUI.—No insisto. Mucho menos cuando sé que puedes permitirte el lujo de no aceptar nada; si es verdad lo que dicen...

CAR.—¿Qué? Ya lo dicen...

GUI.—Que te casas con mi primo Carlos. Me alegro mucho y te felicito; siempre creí que tenías mucho talento.

CAR.—¡Ah! ¡Mucho talento! ¿Eso crees tú? Será que según tus consejos...

GUI.—Siempre creí que los seguirías. Eran tan razonables... Desengáñate; si mejor que yo nadie te querrá nunca. Y te quiero todavía, y te querré siempre... Eres la única mujer por quien yo haría cualquier locura.

CAR.—Menos la de casarte conmigo, ¿verdad?

GUI.—Porque te quería bien. Esa fué la mayor prueba de cariño que pude darte... lo que hemos hecho era lo que nos convenía a los dos.

CAR.—¡Oh calla! ¡Tu cinismo es repugnante!

GUI.—El nuestro entonces, porque tú estabas de acuerdo conmigo. Comprendiste que yo tenía razón. Casados. ¿qué hubiera sido de nosotros? Los dos éramos pobres para nuestra clase; nuestra vida hubiera sido la vida insoportable de aristócratas arruinados; conozco muy bien por mi casa lo que es eso. Una vida imposible, llena de dificultades; de disgustos. Créelo, lo primero en la vida es asegurar la vida, la independencia de nuestras acciones, que solo se consigue con mucho dinero, después... ya podemos pensar en ser felices; la legalidad no aprisiona tanto como parece; tiene muchas puertas de escape... Si yo hubiera creído que al casarme sacrificaba tu vida, como si tú lo creyeras... No; yo quise ser rico y lo soy; pero esperaba también ser feliz y aún podemos serlo.

CAR.—¡Calla, calla! Entonces podía oirte y responder con burlas que tú creías conformidad con tus palabras... ¡Me querías tanto, que no aprendiste a conocerme; me estimabas tanto, que me estimabas igual a tí! No entendiste el desprecio que me inspirabas, por cobarde, por cínico, por presuntuoso; no comprendiste que si yo te quería como tú no me quisiste nunca, sólo podía contestarte con burlas... La tristeza, la ira, la verdad de lo que sentía entonces... Para qué, si nunca comprendiste la verdad de mi cariño... Sólo creiste en mis burlas, ¿verdad?... Y esperabas, esperas todavía... ¡Miserable! ¡Cobarde!

GUI —Van a oirte. ¡Qué locura! ¿O es eso lo que quieres?... Si no van a querte más por eso...

CAR.—No me insultes más, no tienes derecho. Sí, te odio, te odio. ¡Cómo te odio!

GUI.—No me importa. Odiame, pero con odio muy intenso. Cuanto mayor sea tu odio, más pensarás en mí; seré tu obsesión; estaré siempre en tu pensamiento; ódiame, ódiame, pero mucho. Yo por mi parte seré tu sombra, te perseguiré siempre. . te querré siempre como yo quiero, porque si ahora me dijeran que nunca habías de ser mía, sería capaz de todo; óyelo bien, de todo...

CAR.—Déjame, déjame. Llamo, grito .. ¡Guillermo!

GUI.—No, no. . te quiero demasiado bien; sé que un escándalo, aunque pudie-

ras explicarlo en honor tuyo, podía comprometer tu situación... No quiero perjudicarte, sí; algún día comprenderás cómo te quiero bien... Yo sé esperar.

CAR.—¡Esperar! ¡Esperar! Pero, ¿no ves que esa palabra es un insulto?... ¿Qué esperas, miserable? Que yo sea como tú... ¿Eso esperas?

GUI.—¿Es que estás enamorada de Carlos?... Pues ya ves si soy presuntuoso como tú dices; no cambio el cariño que puedas tenerle, por el odio que te merezco...

CAR.—Odio, sí, odio... Y si fuera verdad que no estoy enamorada de Carlos, que sólo acepto su cariño por asegurar la independencia de mis acciones, como tú dices; si algún día fuera yo esa mujer que tú esperas, la más infame, la más despreciable, no sería por tí; antes, de cualquiera, de todos; y cuando fuera la más baja, la última, y solo tú vinieras a ofrecerme lo que ahora puedes ofrecerme, antes muerta de hambre o de vergüenza... Todo, todo, antes de concederte el derecho de que puedas decirme nunca que tuviste razón para esperar... Y no cuentes con que es la virtud la que me defiende, ni el cariño a Carlos, ni mi propia dignidad siquiera; es el odio, el odio que te tengo, ¡miserable! ¡Cobarde! ¡Miserable!...

GUI.—¡Carmen!

Dichos y la Duquesa.

DUQ.—Guillermo...

CAR.—¡Ah!

DUQ.—Felisa pregunta por tí... Dijiste que tenías que hablar con Carmen...

GUI.—Ya hemos hablado... Voy. (Sale.)

Carmen y la Duquesa.

CAR.—¡Ah!

DUQ.—Era verdad lo que yo decía. Guillermo esperaba que solo a él le debieras protección. ¿No es eso?

CAR.—¡El miserable!

DUQ.—Vamos... Empezaba a comentarse que vuestra entrevista se prolongara tanto... Felisa sobre todo, ya sabes su intención; cómo te quiso siempre. Estoy segura de que nada le importaría que su marido te hiciera la corte, por tener motivo para comprometerte... No lo tendrá nunca...

CAR.—Nunca... Pero debo decir a Carlos...

DUQ —A Carlos no, no; a mí todo, a mi siempre .. Para él solo cariño, sin una sombra en su corazón.

Dichas y Carlos.

CARL.—¡Carmen, Carmen!

CAR.—¡Carlos!

DUQ.—¿Qué quieres, hijo mío?

CARL.—Emilia y Felisa se despiden...

DUQ.—Vamos, ¿cómo estás, hijo mío? ¿Estás contento?

CARL.—¿No lo ves? Es el día más feliz de mi vida... de mi vida, porque ahora es vida... (Salen.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un salón en el castillo de los Marqueses de Ondárroa, en Escocia.

La Duquesa y el Marqués de Ondárroa.

DUQ.—¡Qué animación!

OND.—¿Llega mucha gente?

DUQ.—Infinidad de automóviles y «mailcoaches» y carruajes de todas clases. Será una fiesta espléndida.

OND.—Mi mujer habrá invitado a medio mundo, como de costumbre.

DUQ.—Y el día amaneció delicioso.

OND.—Nosotros los seguiremos en coche cómodamente, hasta donde podamos.

DUQ.—¿Usted no es cazador?

OND.—Sí, pero en serio: estas cacerías decorativas... figúrese usted un «fox-hound» aquí en este terreno tan cultivado y tan civilizado... Caprichos de mi mujer y de mi hija, que se entusiasman con todo este aparato. La caza supongo que la habrá encargado previamente, y estará amaestrada.

DUQ.—Es lo de menos, como usted dice.

Dichos y el Marqués de Moraleda.

MOR.—¿Pero qué hacen ustedes aquí? Todo el mundo está en el Parque; allí se desayunan, se recibe con aclamaciones a los que llegan... Hay mujeres guapísimas; ya sabéis que cuando una inglesa se pone a ser guapa, potencia de primer orden por mar y por tierra.

OND.—¿Pero tú te decides a tomar parte activa en la «fox hound»?... Mira que tú no conoces a esta gente; toma esto muy en serio; hasta reventar ocho o diez caballos y reventarse ellos. Y tú que no estás «entrainé.»

MOR.—Mira, yo lo que no haré nunca es declararme viejo de solemnidad como vosotros. La guardia muere, pero no se rinde. En esto como en todo llegaré hasta donde pueda; pero lo que es el primer arranque, no me lo quita nadie... ¿Vosotros no nos acompañais?

DUQ.—¿A caballo? ¡Qué disparate!

MOR.—Pues tú has sido una gran amazona y tú un gran caballista; y aún haríais muy buena figura...

OND.—Mejor lo haremos en el «char a bancs». ¿No es verdad, querida amiga?

DUQ.—¡Quién lo duda! Tú haces bien; estás hecho un pollo.

OND.—¿Y a qué hora es la partida?

MOR.—Al momento. Ya está reunido todo el mundo. Ahora prueban caballos. Combinan los relevos y el punto de cita para el almuerzo.

OND.—Al que faltarán casi todos; porque si a estas cosas les quitan el atractivo de perderse... Eso sí; nadie se pierde solo. Ya veréis el susto que nos dará la princesa a última hora; recuerdo una vez que hubo que buscarla con antorchas.

MOR.—El príncipe estaría desolado.

OND.—Muy tranquilo; ni quiso acompañarnos a buscarla.

MOR.—Pues era el más indicado para llevar su antorcha.

DUQ.—No sean ustedes maldicientes. Nunca he podido acostumbrarme a esa

ligereza con que se habla de todo el mundo en sociedad. Yo no creo que las palabras se las lleva el viento. Nunca falta un mal intencionado para recogerlas.

Mor.—Cuando la reputación es intachable... ¿A que de ti no se habló nunca?

Duq.—¿Nunca? ¿Nunca?

Mor.—Delante de mí, por lo menos. ¿Y Carmen y Carlos vienen con nosotros, o son de los comodones?

Duq.—Carlos no está bueno estos días. Carmen, no sé; Carlos quería que fuera con todos; cree que a ella le divertirá más.

Mor.—¿Sabes que no le ha probado mucho el matrimonio a Carlos, como se esperaba?

Duq.—No se cuida. En su afán porque Carmen no esté sacrificada; porque haga vida de sociedad y luzca en todas partes, no lleva la vida que él necesita... Ahora tampoco debimos venir aquí.

Mor.—Sí; la vida de campo como aquí se practica, con este ajetreo continuo, no es muy higiénica.

Duq.—Pero ya sabe usted que nunca tuvo tanto empeño como este año en venir... Casi nos invitamos nosotros.

Mor.—¡Eso no! Ustedes vienen siempre a su casa.

Duq —Es muy raro mi pobre hijo; temo que ni él sea feliz, ni Carmen lo sea a su lado.

Mor.—¿Carmen? ¿Por qué no? Bastante se divirtió de soltera; después debió considerar más en serio la vida, y ahora, ahora ya puede querer a Carlos y estaros muy agradecida.

Duq.—Ya no se trata de agradecimiento. Entre extraños, el agradecimiento puede obligar a mucho. Entre marido y mujer no es bastante, y Carlos la quiere demasiado para ser correspondido nada más que por agradecimiento.

Dichos y Carmen.

Car.—¿Llego tarde?

Duq.—¿Cómo? ¿Tú y así?

Mor.—¿Pero tú eres de los nuestros?...

Car.—¡Qué remedio! Por no oir a Carlos. Cree que es para mí un sacrificio no ir con todo el mundo a caballo y acompañarle en coche, con vosotros, como yo quería. Dice que le pongo en ridículo, porque todos pensarán que es el que me obliga a no separarme de su lado.

Duq.—Eso dice; pero después ve con pena que tú le dejes.

Car.—Si lo sé; pero que hable claro; no hay modo de entenderle. Quiere lo que no quiere; se engaña a sí mismo, y quiere engañarnos a los demás. Ya sé que luego estará triste, y creerá que yo me divierto mucho... Ya ves; dice que adopto la «pose» de víctima, de sacrificada... Pues hoy tendría que hablar claro, porque ya vió que me vestí en seguida; y si él creyó que me contrariaba ir en coche o quedarme aquí, estoy dispuesta a que lo crea.

Duq.—¿Pero no conoces a Carlos?

Car.—Le conozco, pero él también debe conocerme. Estamos en el mismo caso. Debía saber que yo no sé fingir lo que no siento. Si cree que es una «pose» decirle que no me importa nada la cacería, que estaría con más gusto a su lado... Vaya por la «pose»; hoy adoptaré la de mujer que se divierte mucho; lo que voy a divertirme; él puede que lo crea...

Mor.—¿También hay nerviecillos?...

Duq.—Los de mi hijo tienen disculpa, porque está enfermo.

Car —Los míos también, porque estoy desesperada.

Duq.—¡Carmen!

Car.—No hay nada que desespere tanto como ver mal interpretados nuestros

sentimientos. ¡Qué idea tiene Carlos de mí! Supone que es para mí obligación penosa el acompañarle, y me concede libertad como se da permiso a un criado.

MOR.—(Bajo al Marqués.) Es la de siempre.

OND.—En cuanto recobró su posición.

MOR.—La duquesa está disgustada.

OND.—Creo que somos indiscretos coartando una escena de familia.

MOR.—Al paso que llevan, no se contendrán porque estemos delante; y eso es lo desagradable; lo mejor es eliminarnos... Carmencita, como no se contaba contigo, vamos a decir que dispongan caballo para ti... Como anoche dijiste que no vendrías...

OND.—Se alegrarán mucho.

CAR.—Sí, sí; yo voy en seguida. (Salen los dos Marqueses.)

La Duquesa y Carmen.

DUQ.—¿Pero qué te ha dicho Carlos para que estés disgustada?

CAR.—¿Por qué no quería yo venir aquí? ¿Por qué se empeñó en traerme?

DUQ.—Porque creyó que tú lo deseabas; venías todos los años; Emilia nos había invitado, como siempre; con más insistencia, porque este año esperaba estar más sola; Felisa y Guillermo viajaban...

CAR.—Sí, viajaban. Apenas supieron que estábamos aquí, les faltó tiempo para suspender el viaje, para presentarse...

DUQ.—Y eso te contraría... A mí también. Pero ahora es cuando no podemos encontrar un pretexto para marcharnos tan pronto; Carlos sospecharía...

CAR.—Que sospeche, que sepa.. ; si yo no quiero mentir nunca. Además, si él sabe que Guillermo me quiso y me quiere...

DUQ.—¿Qué dices? No; ¿que él sabe?...

CAR.—Sí sí; lo sabe, y cree que yo también le quiero; y está celoso, y se complace en irritar sus celos; en ponernos frente a frente; por eso quiso traerme aquí; por eso me atormenta.

DUQ.—¡NO...

CAR.—Sí, sí; lo sé, lo veo... No cree en mí, daría mi vida por él, y creería que era sólo agradecimiento... ¡Agradecimiento! Si eso sólo fuera, no soportaría un día más esta existencia.

DUQ.—Al aceptarle, te dije que aceptabas un sacrificio.

CAR.—Cuando el sacrificio fuera necesario; cuando su enfermedad fuera irremediable; cuando hubiera perdido la razón.

DUQ.—Entonces él sería más dichoso, y su condición más soportable para los que le queremos; ahora es cuando su carácter es más difícil, y más penoso conllevar sus rarezas... ¡Mi pobre Carlos! ¡Tú le ves como un hombre! Le juzgas fuerte y sano; yo le veo siempre como a un niño enfermo, débil, caprichoso... Tú no sabes mi lucha. Por milagro se salvó muy niño de enfermedad terrible, y desde entonces la muerte o la locura amenazándole siempre, y yo contra las dos; velando siempre, como quien espanta dos pajarracos negros, porque para mí llegaron a tener esa forma palpable a fuerza de luchar con ellas... ¡Si no he vivido más que para él!.. Y él nunca pensó que para mí era un sacrificio. ¡Mal hice en compartirle con nadie!... ¡Las madres sólo saben querer así!...

CAR.—¡Las madres sólo, es verdad...; yo no querré así nunca!

DUQ.—¡Carmen!

CAR.—Ni nadie me querrá como Carlos te quiere a ti más que a nadie; a ti sola...

DUQ.—No digas eso.

CAR.—Sí, tú lo has dicho; es siempre el niño enfermo, el niño mimado; es el único cariño que él sabe sentir, el de hijo; tu hijo siempre... por eso no debiste casarle nunca...

Duq.—¿Crees que soy yo quien estorba vuestra felicidad?

Car.—No, no; al contrario... Yo sé que tu influencia es necesaria para Carlos... Carlos, como todos los seres débiles, necesita una voluntad que le domine; yo no puedo ser esa voluntad; si mi cariño, sumiso siempre a todo, parece fingimiento, ¿que parecería mi voluntad queriendo imponerse? Si yo no tengo libertad para nada; si para todo me acobarda su desconfianza... desconfianza natural, bien lo temía yo; acepté su cariño cuando todos podían creer que no había otra solución para mí...

Duq.—¿Y ya te pesa?

Car.—No lo sé... Abatida por la desgracia, no había en mí entonces ni voluntad ni discernimiento. La desgracia nos empequeñece, nos acobarda, nos hace ser traidores con los demás y con nosotros mismos. Sólo cuando es uno fuerte y feliz, puede uno estar seguro de haber dispuesto libremente de su vida.

Duq.—Entonces, ¿sin la ruina de tu casa no te hubieras casado con Carlos?

Car.—Tal vez sí; pero entonces él no tendría derecho a dudar de la verdad de mi cariño; yo tendría derecho a quererle.. como yo quisiera, segura de mí misma... Así, lo siento, lo veo, acobardada siempre, debiendo medir a cada paso mis acciones y mis palabras; sólo hallará en mí pasividad y silencio impenetrable; nos alejaremos cada vez más uno del otro... y acabará por odiarme... nos odiaremos.

Duq.—No, Carmen, hija mía, eso no puede ser. Debes hablarle como me hablas a mí... Dices que está celoso de Guillermo.

Car.—Y me trae adonde era seguro que él vendría... Guillermo, por su parte, cometerá alguna imprudencia... Ayer mismo, aquí, intentó hablar conmigo... casi a la fuerza; tuve que huir... alguien me vió temblando de ira todavía... Después de comer quise que volviéramos a este cuarto, y Carlos se empeñó en que nos quedáramos en el salón de música como otras noches; no hablé apenas con nadie; con Guillermo menos, ya los sabes... y hoy se empeña en que he de acompañarles en la cacería; todo antes de que nadie crea que él me esclaviza; y le entristece que no le obedezca, y le entristece si le obedezco como ahora... ¿Es posible vivir así?

Duq.—Tienes razón; pero ten calma, hija mía; yo haré cuanto pueda por ayudarte a soportar tu cruz... Si tuviérais hijos...

Car.—No me atrevo a desearlos... Hay herencias terribles...

Duq.—Es verdad. Dios castiga en los hijos las culpas de los padres, porque sabe que no hay mayor dolor para los padres que el dolor de los hijos.

Dichas y Felisa.

Fel.—¡Carmen! ¿Es verdad? ¿Te animaste por fin? ¡Cuánto me alegro! Y Carlos, ¿no vendrá también?

Duq.—A Carlos no le conviene un ejercicio tan violento.

Fel.—Entonces, él puede ir en coche con ustedes... Pero tú, ¿por qué has de privarte?... Si estuviera enfermo de veras, pero esas cosas nerviosas... Si los hombres se privaran de nada por nuestros nervios... Y así debe ser; no se quiere menos por eso. Quisiera engañarme, pero me parece que Carlos ha caído en la ridiculez de ser celoso.

Duq.—No lo creo.

Fel.—Sí, yo lo he observado en estos días. En cuanto no estáis a su lado, ya está distraído, nervioso... Yo, me divierto en llamarle con cualquier pretexto cuando tú hablas con alguien...

Car.—¿Te diviertes?

Fel.—Pues aquí pasará muy malos ratos; porque el «flirt», no sólo está permitido, sino impuesto por la moda, y por la costumbre... Ah, duquesa: papá preguntaba por usted; creo que trama una conspiración.

Duq.—¿Una conspiración?

Fel.—Quiere convencer a usted para ir en automóvil en lugar de ir en coche; sólo así, llegarán ustedes a tiempo de almorzar con nosotros... pero dicen que usted detesta el automóvil, porque es cosa de este siglo...

Duq.—No lo detesto, ni me asusta; me parece horrible nada más; es cuestión de gusto, no es cuestión de ideas; pero si conviene que vayamos así, por mí no ha de quedar.

Carmen y Felisa.

Fel.—¡Pobre Carmen! ¿Estarás aburrida, verdad?

Car.—Aburrida. ¿por qué?

Fel.—Lo comprendo. Te tengo lástima... Vives sacrificada. Carlos, con su carácter; y la duquesa, que como suegra, debe ser insoportable... No te deja ni a sol ni a sombra.

Car.—Es por cariño.

Fel.—Pues más parece desconfianza... ¡Con lo que tú podías lucir y brillar en sociedad! No es posible que seas dichosa... No eres franca conmigo... Con lo que yo te quiero; siempre te he querido; pero tú a mí, no...

Car.—¿Por qué no he de quererte? Tu padre fué siempre un buen amigo del mío...

Fel.—No, no me quieres. Si hubieras tenido confianza en mí, hubieras aceptade la protección de mi padre. Tal vez no serías duquesa de Talavera, pero serías más dichosa. En nuestra casa nada te hubiera faltado, y aquí mismo podrías haber encontrado un buen partido. Papá conoce a muchos hombres de negocios, opulentos y distinguidos, y a cualquiera de ellos le hubiera agradado mucho unirse a una aristócrata española como tú. Estos ingleses son muy prácticos; saben que todo hace falta en la vida, y dan su valor a la nobleza. Tú, no hubieras perdido nada con un marido así; ya sabes que en España ser extranjero, es ya una razón para ser admitido en todas partes. Monsieur tal, o míster cual, suenan en cualquier salón como un duque o un marqués de los nuestros.

Car.—Sí, calculé mal. ¿Es eso lo que quieres decirme?

Fel.—Se comprende, aturdida por tu desgracia. Habías despreciado a tantos... a Carlos también; pero él te quería siempre; era de agradecer; tú sabes bien que no son todos lo mismo.

Car.—No.

Fel.—Los hombres son más interesados que nosotras. Con dinero, puede una mujer elegir siempre al que parezca más enamorado de otra.

Car.—Sí; con dinero se puede todo; tú lo sabes bien; pero el cariño olvidado puede un día tomar su desquite.

Fel.—No lo niego. Cuando una mujer quiere, no le es difícil encontrar como amante al que perdió como marido. Pero no es para estar orgullosa de la preferencia, porque un hombre, ¿qué sacrifica con ser amante de una mujer?

Car.—Sacrifica a la suya; ya basta para una venganza de mujer.

Fel.—Cuando a ella le importa.

Car.—En el corazón más indiferente hay siempre un amor vulnerable: el amor propio.

Fel.—El amor propio no permite siquiera a la esposa compararse con la querida.

Car.—Si conserva la estimación de esposa; pero si se viera humillada, si el desprecio fuera absoluto...

Fel.—Siempre sería despreciada solo de su marido, la otra lo sería de todos.

Car.—No se vive del aprecio de muchos; se vive de un solo cariño, de uno solo...

Fel.—Por un solo cariño, ¿serías tú capaz de sacrificar la consideración de

las gentes, tu posición social, tu nombre?... No lo creo en tí; si eso fuera algún día, yo estoy segura de que más que por un cariño, sería por un odio.

CAR.—¿Odio en mí? Más lo es en tí, que pareces desear que eso suceda,..

FEL.—¿Por qué hablas de mí? Yo hablé de tí porque de tí hablabas... De mí nada dije: ri al pensar en lo que tú decías, pensé que nada tuviera que ver contigo... Yo no soy celosa como Carlos, aunque supiera más de lo que él sabe...

CAR.—Solo puede saber lo mismo... ¡Nada!

FEL.—Nada, ciertamente, o lo mismo; sólo que él puede darle más importancia... Ya ves; él está seguro de que eras tú quien hablaba ayer en la biblioteca con Guillermo... yo estoy segura de que era la princesa, y así se lo dije. ¿Es esto odiarte?

CAR.—No necesito ampararme de una mentira. Era yo, era yo, puedes decírselo...

FEL.—Si nada tiene de particular... Ya ves, hoy es Guillermo el caballero designado para acompañarte y ha sido idea mía...

CAR.—¿Idea tuya? Es que no iré...

FEL.—Sería ridículo.

CAR.—¿Qué intención es la tuya?

FEL.—¿Intención?

CAR.—¿Comprometerme o desafiarme?

FEL.—La que tú quieras, si eso quieres que sea...

CAR.—Lo que yo quiera sí; no lo que tú quieres; por eso solo acepto el desafío...

FEL.—Va por el desafío...

Dichos y Carlos.

FEL.—¡Ah, Carlos!

CARL.—Yo creía que ya estábais en marcha.

CAR.—Me hubiera despedido de tí...

FEL.—Tardaremos todavía. Primero que se moviliza tanta gente; además, nadie tiene prisa; yo creo que si nos preguntaran a todos, ahora que estamos reunidos, optaríamos por quedarnos aquí. Para mí en esto, como en las corridas de toros lo más divertido es la salida de las cuadrillas.

CARL.—No; todo es divertido, alegre... Son fiestas todo vida y todo fuerza; dan vigor al cuerpo y al espíritu... El teatro, la música, los libros, esas otras fiestas de la imaginación, debilitan, enervan, disuelven la voluntad en mil pensamientos que ni siquiera podemos decir que son nuestros... Un solo pensamiento en una sola voluntad; eso es vivir... lo demás es pasar con lo que pasa... melancólicos, porque el día amaneció nublado; alegre, porque la gente está de fiesta, el cielo azul y las calles engalanadas; creyentes, porque un rayo de sol desciende por los pilares de vieja catedral y el órgano gime y hay aroma de incienso; compasivos, porque un niño descalzo mendiga; crueles, porque alguien fué traidor a nuestra confianza... ¿Cómo saber lo que somos, cuando en cada momento nos sentimos distintos?

FEL.—Pues yo encuentro que eso es lo divertido... ¡Pensar siempre lo mismo; querer siempre lo mismo! ¡Qué aburrimiento! Yo también soy como tú y estoy muy contenta.

CARL.—No, tú no eres así. Crees pensar en muchas cosas y sólo piensas en una.

FEL.—¿En cuál?

CARL.—En divertirte siempre. En tí van unidos el pensamiento y la voluntad, por eso eres dichosa.

FEL.—Es posible. Yo no sé nada de eso. Cuando quiero algo, no pienso por qué lo quiero, ni por qué debo quererlo; en resumidas cuentas, siempre encuentra uno razones para hacer lo que quiere; es inútil cansarse en buscarlas. Ya que

no vienes con nosotros, nos reuniremos para almorzar; ya sabes que iréis en automóvil; en el «char a bancs» llegaríais tarde, porque pensamos ir muy lejos...

CARL.—No hagáis locuras.

FEL.—No tengas miedo. Carmen va muy bien acompañada. A tal amazona, tal caballero. Va con Guillermo... los dos son muy intrépidos y sabrán guiarnos .. Yo no pienso cansarme; me acompañará Leopoldo; mi «flirt»... ¿No lo sabes?... No te asustes, un «flirt» no compromete a nada y en el campo menos. Vamos, Carmen, no nos esperen...

CAR.—Voy en seguida. (Sale Felisa.)

Carmen y Carlos.

CARL.—¿Por qué no vas?

CAR.—Ya ves que me contraría.

CARL.—¿Por qué ha de contrariarte? Es tan natural que desees ir con ellos... Si yo también iría de buena gana, si os veré marchar con envidia; y sólo me desespera esta postración mía, que es mi enfermedad y es tristeza para todos. No, yo no quiero ser egoista como todos los enfermos, como todos los débiles, no me perdonaría nunca si por mí entristecieras tu vida; aun así ya tienes que perdonarme mucho.

CAR.—¡No hables de ese modo! ¿No ves que me atormentas, no ves que me ofendes con tus dudas?

CARL.—¿Mis dudas?... No, mi remordimiento. Tu hermosura, tu juventud, tu vida... para mí... Si es que no debe ser; si es que queriéndote con toda mi alma, no supe quererte como debía.

CAR.—Como yo te quiero...

CARL.—Sí, me quieres; quiero creerlo... pero tu cariño no es disculpa para mi egoísmo. No debí sacrificarte; yo sí, yo solo... y ahora, ya es tarde; ya es mi cariño lo que no debió ser... ¡Este cuerpo débil y miserable aun pesa demasiado sobre mi alma! A mi pesar soy egoísta, y te quiero mía, solo mía; y tu cariño si es solo del alma... no es como mi cariño.

CAR.—¡Carlos!

CARL.—No, no lo es. Tu cariño, el verdadero, no es mío...

CAR.—¡Carlos!

CARL.—Es de otro; al que crees odiar; porque no pudiste olvidarle y domina en tu pensamiento y en tu vida, y porque no te atreves a pensar que le quieres; por pensar siempre en él, piensas que le odias... pero piensas siempre...

CAR.—Te engañas; ni odio siquiera, desprecio.

CARL.—No, no; tú eres quien se engaña. Si ayer lo escuché todo...

CAR.—Entonces... ¿Qué escuchaste?... Mis desprecios, mis insultos...

CARL.—Sí; tus insultos, tus desprecios...

CAR.—¿Y dices?...

CARL.—Pero él... él era el fuerte, el que no suplica, el que no llora, el que está seguro de triunfar porque está seguro de ser querido... como se quiere, en cuerpo y alma... Y tú...

CAR.—No digas eso, ¿le escuché siquiera?...

CARL.—¿Para qué escucharle, si no eran sus palabras las que vencían? Era él... Yo lo ví; por fuerza te estrechó entre sus brazos; fué un instante, un instante nada más; pero en aquel instante sentí que eras más suya que fuiste nunca mía.

CAR.—¿Y callaste?

CARL.—Hubiera querido callar siempre; hubiera querido creer lo que vieron mis ojos nada más, estos ojos de mi cara, no los de mi alma, que vieron más allá... Que un hombre te estrechó entre sus brazos; que tú le rechazaste con furia; que al escapar llegaste a golpearle, como yo debí hacerlo... pero es que no fué indignación, no fué ira, no fueron celos los que sentí; fué una inmensa tristeza que

llenó mi alma; tristeza de vencido, tristeza de muerte, que sólo sabe decir... perdón... perdóname por tu hermosura, por tu juventud, por tu vida, que es vida y no puede ser de la tristeza y de la muerte; y eso es para tí mi cariño... ¡Y no debió ser, no puede ser... perdóname, perdóname!

CAR.—¡Oh! No llores así. ¿Por qué lloras? ¡No quiero que llores!

CARL.—¡Cómo lo dices! ¿No se llora así, verdad? Porque no se quiere así; el verdadero cariño es otro; el que no suplica, el que no llora, el que estrecha por fuerza... Así... como él... ¿verdad? Como él... el tuyo.

CAR.—¡Carlos!

CARL.—El que yo no quisiera ser y lo soy; lo soy, porque te quiero como él pueda quererte; mía, mía solo, y junto a mí, aunque la vida te llame, y en la vida otro amor que no sea el mío. No hay en mí alma solo; tengo brazos también para sujetarte como él, como él... como él... como el que tú quieres.

CAR.—Suelta... no... suelta.

CARL.—Ya no me engaño. No irás con él; aquí, conmigo... Hoy no irás con él, porque hoy me viste llorar, y tus palabras no fueron de cariño, fueron de desprecio... Porque los hombres no lloran así; pero ya tengo voluntad, ya soy como él, y te quiero, aunque tú no me quieras... te quiero, te quiero...

CAR.—No, Carlos... ¿Qué es esto?... Suelta...

CARL.—No saldrás, no saldrás... Hoy, no.

CAR.—Pues hoy, sí. Mal momento elegiste para imponer tu voluntad caprichosa, tu voluntad de ahora... porque tú fuiste quien me exigió que fuera cuando yo no quería.

CARL.—No irás, no irás...

CAR.—Porque desconfías de mí, ¿no es eso? Por lo mismo iré. ¿Qué pensarían todos? Tu madre, Felisa, Guillermo mismo. Pensarían que tememos algo; yo de él o tú de mí. Para mí sería siempre la ofensa. Déjame salir.

CARL.—No; no, Carmen.

CAR.—Llamaré a tu madre. Mira que no me atrevo a dar un nombre a lo que haces, porque temo acertar...

CARL.—Locura, locura; lo que temes... lo que esperas... para verte libre de mí... ¿Qué te importaba sacrificar tu vida?... Era por poco tiempo...

CAR.—¡Oh, no, calla, calla!

CARL.—Esa es la verdad, lo que vi en ti siempre... Si era yo el resignado, yo el que, por salvarte de la miseria, de las humillaciones, fingí creer que me querías, que podías quererme...

CAR.—¿Eso crees, eso dices? ¡Ah, no... eso no, eso no! ¡Déjame, Déjame!...

CARL.—No, no sales. ¡Aquí!

CAR.—¡Suelta! ¡Me haces daño! ¡Ah!

CARL.—No, no, no... ¡A ti no! A mí, a mí; a la bestia salvaje que se revuelve, al bruto, al hombre, a otro hombre, porque éste no soy yo, no quiero serlo... a mí, a mí es a quien golpeo, y quisiera destrozarme... pero a tí... a tí... ¿Qué hice? ¡A ti! Perdóname, perdóname...

CAR.—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Dichos y la Duquesa.

CAR.—¡Ah! Mira, mira...

DUQ.—¿Qué? Hijo mío... ¡Carmen! ¿Qué es esto?

CARL.—No; calla, calla... A mi madre, no. No digas nada, ni tú lo recuerdes; no fuí yo, no fuí yo... Perdóname, perdóname...

DUQ.—¡Hijo mío! ¿Qué fué? ¿Qué sientes? ¡Hijo mío!

CARL.—Sí; tu cariño, sí... Como tú me quieres... A ti no te preguntaré nunca cómo me querías... de ti no dudé nunca... cariño del alma todo mío...

TOTO.—Vamos... Carmen... Vamos...
MAR.—Sólo esperan a ustedes...
TOTO.—Somos más de cincuenta.
TODOS.—En marcha... En marcha ..
CARL.—Sí, sí; vamos.
DUQ.—Si estás malo, estás muy pálido...
CARL.—Quiero ir, quiero ir.
EUG.—¿Qué tiene Carlos?
TOTO.—Si falta alguien, ya no hay diversión.
PRI —¡Quique, Quique! Hemos convenido en ir cada dama con su caballero.
PACO.—Naturalmente.
PRI.—Como no me hace usted caso ninguno...
PRIN.—¡Ah! Siempre envidiosa de mis amigos... No puedo tener amigos. Andate, andate con la Princesa. Me sacrifico.
TOTO.—Con este aparato es la primera cacería a que asisto; estoy encantada, y ahora ya voy contenta... Por fin recibimos el telegrama de la mañana.
MOR.—El niño ¿no tiene novedad?
RIC.—Ninguna.
MOR.—¿Le tienen ustedes todavía en San Sebastián?
TOTO.—No, en Madrid ya, hasta Noviembre que le enviaremos a Málaga... Recibimos tres telegramas diarios; sólo así podemos vivir tranquilos... ¡Ay, nadie sabe lo que es tener hijos!...
RIC.—Mi mujer es tan extremosa...
TOTO.—Y estoy más conforme porque sé que está muy bien atendido. Ya ve usted; dos nodrizas, por si una se pusiera mala o se despidiera de pronto; un ama seca para que cuide de las dos; el ama que me crió a mí, para que cuide de las tres... yo no soy como otras madres que confían sus hijos a cualquiera.
FEL.—(A Carmen.) Carmen, Guillermo te espera; no se atreve a presentarse a ti, dice que estás muy enfadada con él. Yo me encargo de hacer las paces...
CAR.—¡Felisa!
FEL.—Si ya sé que no es desafío; un asalto de salón todo lo más...
CAR.—No se debe jugar con nada que pueda herir.
FEL.—En jugar sin herirse está la habilidad.
GUI.—Carmen...
CAR.—¡Ah!
GUI.—Hoy me odias más que ayer, ¿no es eso? Pero ya sabes que hoy soy tu caballero; hoy debemos disimular, yo, mi cariño, siempre el mismo; tú, ese gran odio, cada vez mayor... Hablaremos de cosas indiferentes; como si nos habláramos por primera vez en la vida...
CAR.—No, hablaremos mucho, hablaremos de todo, de tu cariño, de mi odio... ¿Quién sabe si hoy se decide nuestra vida?
GUI.—¡Nuestra vida! ¿Has dicho nuestra vida?
CAR.—Pero esta vez para siempre.
GUI.—¿Qué quieres decir?
CAR.—¿Dudas ya? ¿Otra vez cobarde? (Suenan las trompas de caza.)
TODOS.—Señores... en marcha. La señal... En marcha...
CARL.—Quiero ir, quiero ir.
DUQ.—Si no puedes sostenerte; me da miedo. Carmen, Carmen...
CARL.—No, no la llames; no te oye tampoco. Quiero ir... quiero... ¿No lo ves? Esa música me enardece...Es como de guerra; nadie piensa en la muerte al oirla... es como de triunfo... Déjame seguirla, que me llama a la vida. (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Gabinete de Carlos.

Un criado, el Marqués de Ondárroa y después Carmen.

CRI.—La señora duquesa ruega al señor marqués que espere aquí un momento.

OND.—¿Aquí?

CRI.—Desde que el señor duque está enfermo, la señora duquesa no sale de estas habitaciones.

OND.—¿Cómo está el señor duque?

CRI.—No puedo decirle nada al señor marqués. Nadie le ve en la casa. La señora duquesa no permite que entre a servirle más que Vicente; un criado antiguo de la casa.

OND.—Ya... está bien.., (Sale el criado, y a poco entra Carmen.)

CAR.—Perdona si te hice esperar.

OND.—Tú eres quien ha de perdonarme. Ya sé que Carlos está delicado; apenas llegué a Madrid me lo dijeron; no hubiera insistido en verte, si no se tratase de algo muy importante para todos; no te ocultaré que para mi familia principalmente.

CAR.—Cualquiera que fuere el motivo de la visita, tú eres de casa, y para mí un buen amigo siempre, como lo fuiste de mi padre.

OND.—En esa confianza me atrevo a hablarte con entera libertad. Quiero prevenirte, porque acaso te parezca impertinente lo que voy a decirte; tal vez desagradable; pero es preciso que hablemos con claridad... Voy a tratar contigo como si tratara con un hombre de negocios. ¿Prometes no asustarte por nada de lo que te diga?

CAR.—Comprende que la curiosidad puede ya ser más que ese temor, y te lo prometo.

OND.—Ya sabes la situación de Felisa con Guillermo.

CAR.—Sí.

OND.—¿Por Guillermo mismo?

CAR.—Por lo que dice la gente... y por Guillermo mismo, sí...

OND.—Guillermo está en Madrid desde que se separó de mi hija. Le ha escrito varias cartas... como debía escribirle; estimando las razones que pueda tener para su conducta, si su conducta se limitara a lo que fué hasta ahora; una reparación amistosa, que sólo trasciende a la gente como habilla de sociedad, como un «se dice», pero nada oficial, nada definitivo... Yo no he regateado con él la cuestión de intereses; yo no he discutido la rectitud de sus intenciones al buscar un pretexto, más que un motivo, para la separación .. Felisa cometió algunas ligerezas; pero sus relaciones con ese Leopoldo Castrojeriz, no fueron tales que pudieran alarmar a un marido como Guillermo... Hablar de cariño ni de celos, es ridículo para los que estamos en el secreto, decir que mi hija le puso en evidencia es injustificado; pero, en fin, pase hasta aquí; pero lo que ahora pretende es violento para todos; y nos crearía una situación muy desagradable.

CAR.—Yo nada sé...

OND.—Es posible. No creo que tan pronto quieras fingir conmigo. Se trata de que ahora intenta una separación judicial, con pruebas, testigos... una separa-

ción de la que no sé qué ventajas materiales puede obtener que yo no le conceda; administración de bienes, libertad completa... te digo que es ridículo.

CAR.—Sí, no debe ser.

OND.—No puede ser. Yo no dudo que él pueda presentar pruebas... en esos asuntos todo es prueba; una carta equívoca un criado comprado... para el escándalo basta; y ese escándalo que por mi familia y por todos he de evitar a toda costa, sólo puede impedirse... si tú quieres...

CAR.—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo?

OND.—Voy a decírtelo; a eso vine y ese es el punto delicado... Contra esas pruebas puede haber otras que le obliguen a callar; que le coloquen en la misma situación; más aún, que, presentadas, comprometan a otra persona a quien él no pueda comprometer en ningún caso.

CAR.—Y esas pruebas...

OND.—Dos o tres cartas suyas bastarían, y bastaría con que él supiera que estaban en mi poder... ¿comprendes? Yo te juro por la amistad que me unió a tu padre, que no saldrían de mis manos; que para mí serían tan sagradas, que ni por mi propia hija me serviré de ellas en perjuicio de nadie... (Carmen se levanta.) ¿Qué dices?

CAR.—Nada, ya lo ves. A ti solo puedo responderte de esta manera.

OND.—No; a mí es a quien no debes responder de esa manera.

CAR.—Te hago el favor de no escucharte; el favor de olvidar lo que ya he escuchado.

OND.—Es poco; yo te hice el favor de creer que eras una mujer inteligente, superior a todas las preocupaciones; una mujer, en fin, con quien podía uno hablar sin hipocresías. Aunque dije que te hablaría como hombre de negocios, hasta ahora te hablé como amigo; si no quieres que como amigos tratemos, hablará el negociante. Yo mis asuntos los planteo siempre sobre la base de que todo el mundo ha de procurar engañarme, y yo he de defenderme, naturalmente de ser engañado. Para asegurarme, no cuento nunca con la lealtad ni con la honradez de nadie, sino con su interés; que su interés esté en no engañarme; esa es mi única garantía. Tú quieres engañarme; es natural que yo me defienda; no me sirves por lealtad; me servirás por interés.

CAR.—¿Pero insistes todavía? ¿Como puedo yo servirte? ¿En qué?...

OND.—¿No me comprendes? ¿No quieres comprenderme? Puedes suponer que yo no hubiera dado este paso sin una seguridad, sin una certeza. Me sobran medios de saber todo lo que me conviene, cuando me conviene...

CAR.—Víniste engañado y no sé quién pueda...

OND.—La mentira es indigna de ti; indigna de nosotros. Si yo lo comprendo todo; si lo admito todo; si todo es natural. Vamos, piénsalo... ¿Tengo yo aspecto de padre ofendido, de moralista severo? No; soy un hombre práctico que admite las cosas como son; pero procuro colocarme en el terreno más ventajoso.

CAR.—Pero si yo apenas veo a Guillermo; si yo nada sé...

OND.—¿No quieres ser leal conmigo? ¿Prefieres los caminos tortuosos, la guerra de emboscadas? Yo sé cuándo ves a Guillermo.

CAR.—¡Oh! ¡Qué infamia!

OND.—No, no te alarmes; entrevistas inocentes, paseos retirados, encuentros casuales... Si yo creo en ti... Pero cartas, cartas... no me será difícil hacerme con todas las que yo necesite... Y no diras que no soy enemigo leal. Ya estás advertida; pudiste tenerme por aliado; nada hubieras perdido con ello... De este modo comprenderás que a nada quedo obligado. ¿Me dejas salir así?

CAR.—Tienes razon. Soy muy cobarde... Y no es por mí; te lo aseguro. Hay energía en mí para luchar contra todo; pero cuando todo lucha contra mí... Si se tratara de mí sola, no dudaría en ofrecerte mi reputación y hasta mi vida... Si era preciso yo provocaría el escándalo... Se puede afrontar todo; yo sé afrontarlo cuando en momentos de exaltación... me amenaza, me ofende... pero cuando calla

y en su silencio no hay una queja ni una pregunta... Esa mirada triste fija en mí... que me vería llegar amenazando su vida y sólo dejaría de mirarme porque dos lágrimas apagarían su mirada al recibir la muerte por mi mano... Tú no lo sabes; pero toda su sangre vertida por mi mano, no me espantaría tanto como esas dos lágrimas...

Ond.—¿Se muere?

Car.—No, vive. ¡Pero qué vida!

Ond.—¿Su inteligencia?...

Car.—¿Quién sabe? Todo el dolor humano parece reflejado en su mirada.

Ond.—Sé que la duquesa apenas viene por esta casa.

Car.—Ahora sí; también calla; pero su silencio es acusador, amenaza... Contra ella sí me atrevería a luchar... Ella no me da miedo. Es igual a mí; ya lo sabe.

Ond.—¿La duquesa sospecha?

Car.—Nada puede sospechar; repito que viniste engañado... Sabe lo que puede saber y lo sabe por mí... Que Guillermo me quiere... que Guillermo espera...

Ond.—Y, por lo tanto, puedes conseguir de él cuanto desees. Los hombres somos así: por una esperanza lo concedemos todo; por un recuerdo, poco o nada. Tú puedes conseguir de Guillermo que sea razonable. ¿No serás buena con nosotros? Me importa más de lo que tú crees la tranquilidad de mi casa. Puedes conseguir de Guillermo...

Car.—Hablaré con él... por mi parte...

Ond.—Gracias... ¿Cuándo?

Car.—Hoy mismo. Le escribiré ahora. Le diré que venga...

Ond.—¿Aquí?

Car.—¿Por qué no? No tengo por qué ocultarme... ¿Crees que te engañé al decirte que no podía ofrecerte esas pruebas que necesitabas?...

Ond.—No... ¿Por qué? Pero dijiste que no se trataba sólo de tí; acaso temías que Carlos supiera... Podía ser esa la razón.

Car.—¿La razón de no ofrecerte esas pruebas? .. No me entendiste; quise decir que esa era la razón de que no las hubiera.

Dichos, un Criado, y después la Duquesa.

Cri.—¿Da su permiso la señora duquesa?

Car.—¿Quién?

Cri.—La señora duquesa...

Car.—¿Qué espera?

Cri.—Preguntó si la señora duquesa tenía visita y no quiso pasar.

Car.—La señora duquesa puede entrar siempre. (Sale el criado.)

Ond.—Relaciones diplomáticas.

Car.—Ya lo ves... Una mujer inteligente, distinguida, y se olvida de todo, poniéndome en ridículo ante los criados. ¡Esta es mi vida! (Entra la duquesa.)

Ond.—¡Querida amiga!

Duq.—¡Ah, era usted, querido marqués!...

Car.—¿No te lo dijeron?

Duq.—Me dijeron que había alguien contigo; no pregunté quién era. ¿Desde cuándo en Madrid?

Ond.—Desde esta mañana.

Duq.—¿Y hasta cuándo?

Ond.—Por unos días.

Duq.—¿Emilia y Felisa?...

Ond.—En París; vine a saber de Carlos.

Duq.—¿Cómo está hoy?

Car.—Más animado.

DUQ.—¿Puedo verle?

CAR.—Quieres verle, has querido decir. Entra.

DUQ.—Hasta la vista, querido amigo.

OND.—Duquesa, hasta la vista. Que se mejore Carlos. (Sale la duquesa.) Cuando las familias empiezan así, es una desgracia. Yo te digo que he perdido el humor para todo; yo, infatigable siempre, siento un cansancio, un desaliento... ¡Estos disgustos de mi casa!... Te dejo. ¿Hablarás con Guillermo?

CAR.—¿Serás tan amable que tú mismo te encargues de que mi carta llegue a sus manos? (Se sienta a escribir.)

OND.—Por Dios, confío en tí...

CAR.—Y yo en ti más que en nadie, para que la carta llegue a sus manos.

OND.—Si es por eso... (Carmen entrega al Marqués una carta abierta; el Marqués la cierra en seguida.) Se la enviaré al Club... (Movimiento de Carmen.) Descuida; dentro de otro sobre que escribirá mi secretario; yo estoy en todo. Ya lo ves... Entre personas discretas no hay como hablar claro para entenderse... Querida Carmen... Gracias por todo ..

CAR.—¡Adiós! (Sale el Marqués. Pausa.)

(Carmen; después la Duquesa.

DUQ.—Está dormido.

CAR.—¿Duerme?

DUQ.—Volveré luego.

CAR.—¿No quieres esperar? No dormirá mucho.

DUQ.—Esperaré. (Se sienta.)

CAR.—¿Eugenia?...

DUQ.—Fué a pasar la tarde con unas amigas... (Pausa.) Nada dejes por acompañarme.

CAR.—No...

DUQ.—¿Qué quieres decirme?

CAR.—¡Nada, nada! Sí... Eres muy injusta conmigo, ¡muy injusta!

DUQ.—¡Carmen!

CAR.—Yo fuí leal contigo, con todos. Me dijiste que si aceptaba un sacrificio, y lo acepté... pero no este sacrificio, que es superior a mis fuerzas... Esta desconfianza de todos me envuelve y me ahoga... Espiados todos mis pasos, mis criados en mi propia casa a tus órdenes para vigilarme... Todas las humillaciones, todas las afrentas...

DUQ.—Es por mi hijo.

CAR.—¡Por tu hijo! ¿Y crees que es mayor tu cariño aumentando su desconfianza, mostrándole que tú dudas de mí más que él puede dudar?... En él puede ser su locura; de él lo soporto todo, todo... porque tú no sabes mi vida aquí sola con él siempre; yo sola, escondiéndole de todos para que nadie sospeche siquiera qué es de tu hijo. Tú misma no lo sabes, y si alguna vez te estorbé que lo vieras, no fué como tú habrás pensado, porque deseaba libertad... ¡Mi libertad! Aquí a su lado siempre, y si yo fuese esa mujer que tú piensas, la que finge, la que engaña, si yo deseara esa libertad... Me bastaría con dejar franca esa puerta, con llamar gente, mucha gente, para que vieran cómo me trata tu hijo en sus arrebatos de furia, de furia, sí... ¿Entiendes? Mira, mira, señales de sus manos, de sus golpes... Y no me quejé nunca y nadie lo supo, nadie lo sospechó siquiera... Porque este sí es mi sacrificio, es mi deber, el que yo acepté... Pero tu desconfianza, tus dudas, que tú no creas en mí, que tú me trates de ese modo... Esto es más cruel que su locura, que sus golpes, y a ti no puedo disculparte, de ti no puedo admitirlo... Tú no perdiste la razón, tú ves mi vida. Me ves aquí, aquí siempre, y cuando tú no me ves, aquí están tus espías fuera, o es que estoy a merced de sus calumnias para congraciarse más contigo... Y tú los crees... y

a mí no... a mí no, que con una palabra sola podía ser libre, libre para siempre con vuestro nombre, con vuestra fortuna... porque bastaría que yo hablara para que tu hijo estuviese encerrado para toda su vida, sin que tú misma pudieras impedirlo...

Duq.—¿Qué dices? ¡Mi hijo! ¡No, no es verdad!

Car.—Para ti no. Tú sólo lo ves cuando calla o cuando llora como un niño; para ti es siempre el niño enfermo, tu hijo...

Duq.—No, no es posible... Y si es verdad. ¿Por qué es, sino porque no cree en tu cariño?... Y tu cariño es su locura.

Car.—No cree, no; es verdad. Pero, ¿por qué no cree?

Duq.—Porque él sabe, como yo, como todos...

Car.—La razón y la locura son iguales en eso, creen en el mal sólo porque lo imaginan.

Duq.—¿Por qué está entonces aquí Guillermo? ¿Por quién sino más que por ti? ¿Por quién se atreve a dar el escándalo de su separación? Hoy mismo me escribió la Marquesa pidiéndome que te hablara, que yo lo impidiera... Guillermo no oculta que sólo quiere su libertad para ser tuyo y que tú seas suya para siempre, para ofrecerte con la fortuna de su mujer la felicidad que vuestro cariño no bastaba a ofreceros cuando os separásteis, de común acuerdo, para conseguirla más tarde, costara lo que costara... La honra de su mujer, la vida de mi hijo, el el nombre de dos familias...

Car.—¡Duquesa de Talavera, no me hagas olvidar que llevamos el mismo nombre, y que sólo si yo fuera esa mujer que tú dices, podía considerar que éramos iguales!

Duq.—¿Qué dices?

Car.—Lo que tú me dijiste; que Dios castiga en los hijos culpas de los padres, y que la única herencia que no robaste para tu hijo fué esa..., esa que pesa sobre su vida, para acusarte siempre, no para que me acuses a mí, que no traje bastardos ni deshonras a vuestra casa.

Duq.—¡No! ¡Calla, calla! No sabes lo que dices... Sólo por mi hijo no te respondo; y saldré de esta casa para siempre, para siempre, aunque él me llame a la hora de la muerte; pero yo haré que tú salgas antes.

Car.—Es posible; pero no será por las calumnias de tus espías; será por la verdad, yo te lo juro.

Carl.—(Dentro.) ¡Carmen! ¡Carmen!

Duq.—¡Ah! ¡Hijo mío! Si oyó... No puedo, no...

Carl.—¿Estáis aquí?...

Duq.—¡Dios me dé fuerzas!

Dichas y Carlos.

Duq.—¡Hijo mío! ¿Cómo estás?

Carl.—¿No sabéis?... He dormido por fin; he dormido mucho.

Duq.—Sí, ya lo sé; entré a verte, y dormías... Pero te has despertado muy pronto.

Carl.—Me despertó una música; uno de esos pianos callejeros; salí de mi cuarto y llegué hasta las habitaciones de la parte vieja del palacio; me asomé a un balcón de los que dan a esa calle estrecha, de casas pobres... Desde que era yo muy niño, no recordaba haberme asomado a esa calle..., siempre me pareció obscura y triste; pero hoy es un dia tan hermoso, como de verano, el sol lo alegraba todo; el piano callejero sonaba con música alegre; unos chiquillos bailaban; la gente hacía corro; reían, cantaban también al aire de la música. A los balcones, abiertos de par en par, se asomaba la gente; frente a los nuestros hay uno todo lleno de plantas y flores, con su persiana tupida de enredaderas, y jaulas de canarios que se alegran también con el bullicio de la calle, y repican sus tri-

nos agudos... Pasó un vendedor de flores, con su borrico cargado de rosales, de claveles, de palmas... Unas muchachas le llaman desde el balcón florido, y contratan la compra de una maceta de claveles, entre mil agudezas y dichos picantes... No conviene el precio; el vendedor las increpa; ellas le responden con donaire; la gente ríe, yo también, y envío a Vicente a que reparta unas pesetas entre los músicos y los chicos que bailan, y para que compre la maceta de claveles y se la envíe a las muchachas, sin decir quién la envía, para que sueñen con algún enamorado misterioso. Y todos se alborozan más, y la calle se llena de ruidos alegres, de música, de trinar de canarios, de reir de muchachas y de chiquillos... Es la vida que alegra en un día de Mayo la calle obscura de las casas viejas y pobres; alegra también mi alma, que ansiosa de vida se abre de par en par, como el viejo balcón de mi palacio, que yo no había abierto desde niño. ¿Por qué no salimos hoy? Quiero salir, vamos...

CAR.—No, Carlos, estás muy débil; el doctor no lo permite... Muy pronto; espera unos días...

CARL.—Bajemos siquiera al jardín; aquí me ahogo; siempre aquí...

CAR.—No, Carlos, no te conviene; sé bueno, obedéceme.

CARL.—Sí, sí, ya lo sabes; siempre. ¿Me has perdonado?

CAR.—¡Calla, calla!

CARL.—Me quiere mucho, me quiere mucho... ¿Verdad que es muy buena?...

DUQ.—Sí, hijo mío...

CARL.—¿Te vas tan pronto? ¿Volverás luego?

DUQ.—Hoy no... Dame un beso.

CARL.—¿Y a Carmen... no?

CAR.—No.

CARL.—¿Por qué? ¿Por qué?... ¿Has sido tú la que has dicho no? ¿Por qué no besas a mi madre? Ven aquí, tú también.

DUQ.—¡No!

CAR.—¡Nunca!

CARL.—¿Qué boca es la que mancha? ¿Qué boca es la que miente? La de mi madre no puede ser; mi madre es la única verdad, el único amor...

CAR.—Por eso no es ella, soy yo quien debe salir de esta casa.

CARL.—¡Eh! ¿Qué dice? ¿Qué dice? ¡Salir de esta casa, dejarme!... ¡Eso es lo que quiere, dejarme!... ¡No, aquí, aquí siempre! Soy más fuerte que tú...

DUQ.—¡No, Carlos, no!

CAR.—¿Lo ves ahora, lo ves?

CARL.—¡Déjame, déjame, no, no saldrás!... No irás con él; el que te espera, te espera siempre. (Entra un Criado.)

DUQ.—Por mí... Por mí... calla, calla...

CRI.—Con permiso... Los señores de Flórez, los Príncipes de Savelli...

DUQ.—No, que no entre nadie.. gente no...

CAR.—Sí, pueden entrar. (Sale el Criado.)

CARL.—Déjame, madre, déjame... quiere huir, quiere dejarme...

CAR.—Que entren; que vengan; que lo sepan todos; que sepan cuál es mi vida aquí; mi vida de martirio.

CARL.—Se irá, se irá...

DUQ.—No... no; ven conmigo, con tu madre, solos los dos... gente no, ven... gente no.

CARL.—No puedo, no puedo... Se irá, se irá...

DUQ.—¿Qué has hecho de mi hijo?

CAR.—¿Qué habéis hecho de mí? ¡Ah!... (Sale la Duquesa y Carlos.)

Carmen, la Princesa, Totó, el Príncipe y Ricardo.

TOTO.—¿Cómo va, Carmen?... Tanto tiempo sin vernos...

PRI.—Querida amiga...
RIC.—¡Carmen!
PRIN.—Cara... Scusi... Non valgo niente...
TOTO.—Conste que no pensábamos verte. Creíamos que no recibirías...
CAR.—Hoy sí; a todo el mundo...
RIC.—¿Carlos está mejor?
CAR.—Sí, sí...
TOTO.—Entonces volverás al mundo...
CAR.—Sí, a mi vida, a vivir... ¿Qué se dice? Yo nada sé, cuéntenme ustedes... ¿Qué se murmura?
TOTO.—Nada nuevo; yo no sé nada.
CAR.—La Princesa tampoco.
PRI.—¿Yo? Tristezas horribles... Mi marido está muy enfermo.
PRIN.—Morto, morto... El cuore, l'anima... Piango sempre.
PRI.—Desde el disgusto con Paco Utrilla... ¿No sabe usted?...
CAR.—Yo, nada...
TOTO.—Fué horrible...
PRIN.—¡Da no crédersi... un amico!
PRI.—Se atrevió a hacerme la corte, a mí, a la esposa de su mejor amigo...
TOTO.—¡Oh!
PRI.—Me ví precisada a decírselo al Príncipe. Fué un golpe cruel...
PRIN.—¡Oh! Un colpo... da morire...
PRI.—¡Pobre mío! El todo corazón... Ya se lo he dicho; en adelante no tendrá más afecto que el mío, no se separará nunca de mí... ¡Pobre mío! Es un niño...
PRIN.—¡Un fanciullo, proprio un fanciullo!
TOTO.—Los amigos dan muchos desengaños.
PRI.—Acabaron los amigos... Ya no habrá nadie entre nosotros.
PRIN.—¡Será triste!
PRI.—Es natural; no puede acostumbrarse. Tiene un corazón que necesita querer a todo el mundo...
TOTO.—Además de saber el estado de Carlos, veníamos a traerte un recuerdo de Bibí.
CAR.—¡Qué hermoso!
PRIN.—¿Cosa e Bibí?
TOTO.—Nuestro hijo, Príncipe.
PRI.—Lo pregunta porque nosotros conocimos a un Bibi...
TOTO.—No sería éste. Tiene ocho meses... Le retratamos cada quince días. Es precioso, ¿verdad? Más listo... ¡Las picardías que sabe!
RIC.—Nos tiene tontos.
PRI.—Ah, los hijos... yo no tengo más que a mi marido... E il mio bambino.
PRIN.—Il tuo bambino cara, proprio il tuo bambino.
CAR.—¡Un hijo!... Sí, serás muy dichosa.
TOTO.—Muy dichosos; pero siempre sobresaltados en cuanto le vemos malito, sólo en pensar que puede morírsenos... Es no vivir.
RIC.—Ya ve usted, ya no viajamos, ni apenas salimos de casa. En todo el invierno no hemos ido a un teatro.
TOTO.—Y no lo sentimos. Hasta ahora no he sabido yo lo que es estar casada. Parece mentira lo que ata un arrapiezo... yo al principio no me daba cuenta y no tenía reparo en dejarlo confiado a otras personas de confianza, pero ya no...
RIC.—Ahora ya sentimos que sea uno solo; porque si se desgraciara...
TOTO.—No lo digas, no lo pienses. Verdad que no pensamos en otra cosa. Ahora, al venir aquí, nos encontramos un entierro de niño, y me he dado una de llorar... Yo voy ahora por la calle y me fijo en todos los chicos; si son más guapos, si están más gordos, si van bien vestidos; y cuando veo a esos pobrecitos que van con carita de hambre y mal vestidos, y algunos descalzos, y esos que

venden periódicos o andan perdidos por las calles, me da una angustia... No hay nada que dé tanta pena como un niño enfermo y pobre... ¿Por qué nacerán esas criaturas? Y a lo mejor esas serán las que se logren, para ser desgraciadas... ¡Ay, perdona! Es que me pongo tonta, y bastante tienes tú con tus penas, como todo el mundo.

PRIN.—Triste cosa es la vita, triste cosa.

Dichos y el Marqués de Moraleda.

MOR.—Señores... Carmen.

CAR.—¡Amigo mío!

MOR.—Caro Príncipe... ¿Qué le sucede? Desde hace una temporada le veo a usted muy abatido.

PRIN.—Non valgo niente. Sono finito, finito. Vivo por máchina, non fosse mia cara... ¡Ah, cara!... Me quiere tanto... Adesso lo só... lo vedo...

TOTO.—Ya hemos tenido el gusto de saber de vosotros, y te dejamos...

PRI.—Nosotros también... Hay recepción en la embajada...

PRIN.—Mi fastidia da andare.

PRI.—No podemos faltar.

RIC.—Nuestros afectos a Carlos y la duquesa.

TOTO.—(A Moraleda.) Todavía no conoce usted a nuestro hijo. Estoy esperando el sonajero que le prometió usted.

MOR.—Es verdad. Y lo tengo comprado.

TOTO.—Lo usará usted mientras, porque está usted hecho un chiquillo... ¿Cómo hace usted para conservarse?

MOR.—No quiero que se entere su marido de usted; a usted se lo diré en secreto.

TOTO.—¿Cuál?

MOR.—Enviudé muy pronto...

TOTO.—Como si no se supiera en qué teatro y a qué horas se pasa usted la vida. La segunda de la izquierda. ¿No es eso?

MOR.—No hagan ustedes caso.

TOTO.—Adiós, Carmen.

CAR.—Adiós.

PRI.—Vamos, saluda a la duquesa.

PRIN.—Duquesa... scusi, non valgo niente, sono finito, finito. (Salen todos menos Carmen y Moraleda.)

Carmen y el marqués de Moraleda.

MOR.—¿Qué tienes? Estás muy pálida. ¿Estás mala?

CAR.—No; un mareo... Hace tiempo que no veo gente, que no oigo hablar así...

MOR.—Ya, ya; llevas una temporada... ¿Quieres algo? ¿Quieres que llame?

CAR.—No; no es nada...

MOR.—¿Cómo está Carlos?

CAR.—Lo mismo; tú puedes saberlo.

MOR.—¿Y no os decidís a llevarlo otra vez al sanatorio?

CAR.—No; yo no...

MOR.—Venía de parte de Guillermo; me encargó que te preguntara a qué hora podría verte.

CAR.—Cuando quiera; ahora mismo.

MOR.—Como tu suegra está disgustada con él, y tu suegra está aquí siempre...

CAR.—No importa.

MOR.—Entonces diré que le avisen. Me esperaba en el coche. (Llama y sale un

criado.) Vendrá en seguida. Yo volveré otro día a ver a Carlos... si se le puede ver.

CAR.—Espera un momento.

MOR.—Lo que tú quieras. (Entra Carmen y vuelve al poco.)

CAR.—¿Serás tan amable que entregues esto al marqués de Ondárroa? Tú lo verás...

MOR.—Sí; hoy comemos juntos en el club. ¿Nada más que entregárselo?

CAR.—Nada más.

MOR.—Aquí está Guillermo.

CAR.—No le digas nada de ese encargo.

MOR.—Descuida; ni a nadie.

Dichos y Guillermo.

GUI.—Dije al marqués que viniera antes a preguntarte, porque temía encontrarme aquí con la duquesa, no por mí, por tí; puedes comprenderlo.

CAR.—Te agradezco la previsión, pero era inútil. Cuando te llamé, es porque estoy decidida a todo. Es igual todo.

MOR.—Tenéis que hablar... Carmen...

CAR.—Adios, y gracias.

MOR.—Hasta luego, Guillermo.

GUI.—Hasta luego. (Sale Moreleda.)

Guillermo y Carmen.

GUI.—¿Recibiste mis cartas?

CAR.—Algunas, sí.

GUI.—¿Algunas nada más?

CAR.—Para qué voy a explicarte. Ya te he dicho que todo es igual. Tu suegro vino a verme, me dijo lo que pensabas...

GUI.—Estuvo aquí... Sabes ya...

CAR.—Sí... Ya estamos iguales; ya no son posibles cobardías ni vacilaciones.

GUI.—¿Qué dices?

CAR.—He enviado al marqués todas las cartas...

GUI.—¿Qué?

CAR.—Todas tus cartas...

GUI.—¿Pero tú sabes que esas cartas?...

CAR.—Sí, pueden probar hasta lo que no fué; pueden probarlo todo... Ya te dije que estábamos iguales.

GUI.—Has hecho una locura.

CAR.—Esa locura es la que me entrega a tí. ¿Volverás a ser cobarde como siempre?

GUI.—¿Qué dices? ¿Cobarde ahora? No, si tú sabes que por tí soy capaz de todo... Tú eres quien me engaña ahora; ahora te desquitas de lo que tú llamas mi cobardía; cuando has visto que no podía vivir sin tí, porque te has apoderado de mi vida por entero, y cuando pienso que no eres mía, me parece que mi vida no tiene razón de ser. Ya ves que por acercarme a tí, no dudaba en dar el escándalo de una separación ruidosa, a costa del ridículo, a costa de todo. Me llamas cobarde; solo lo fuí para la pobreza, y eso por tí, porque tú naciste para todos los esplendores, para todo, menos para vivir en este ambiente de tristeza; entre la desconfianza de cuantos te rodean; al lado de un enfermo que te maltrata y te ofende, sin que nada tengas que agradecer al egoísmo de su madre, que sabía muy bien cuál sería tu suerte al unirte a su hijo, y quiso comprar por gratitud tu sacrificio. Miserias de la vida pesaron más en nuestro corazón al separarnos, y al separarnos renegamos de nosotros mismos, renegamos de la misma vida.

CAR.—Sí; es renegar de la vida, renegar del amor y la vida castiga cruelmente nuestras traiciones y nuestras cobardías. ¿Qué valía nuestra posición, qué privilegios son los suyos... el de tratar de cerca a unas cuantas personas que sólo nos inspiran fastidio o desprecio? ¿Cómo pudo asustarnos la pobreza, si hubiéramos tenido fe en nosotros? Si yo tampoco he podido creer que no fuera tuya, si pensaba en ti siempre, como algo necesario a mi vida, si cuando el orgullo me obligaba a rechazarte, hubiera querido que tú, por fuerza, me hubieras obligado a ser tuya... pero para siempre; para compensar así, desafiándolo todo, todo en la vida, el haber sido traidores y cobardes con nuestro corazón y nuestra vida...

GUI.—¡Carmen! ¡Mi Carmen! ¡Es verdad, ahora dices verdad!

CAR.—¡Sí, soy tuya, soy tuya!... ¡Díme que para siempre!...

GUI.—Para siempre; sí, ya no puede ser de otro modo... Para siempre. ¿Vendrás conmigo?

CAR.—Sí; hoy mismo... Muy pronto. Espérame.

GUI.—¡Carmen! ¿Es verdad?

CAR.—Te digo que me esperes.

GUI.—Si no fueras...

CAR.—Tendrías derecho a llevarme por fuerza; el derecho que da a un hombre la mujer, que olvidándolo todo, le ha dicho una vez: «Soy tuya, solo tuya».

GUI.—Espero... (Sale Guillermo.)

Carmen llama y sale un criado, después Carlos.

CRI.—¿Qué mandr la señora duquesa?

CAR.—Nada, nada ya... (Se pone a escribir, rompe una carta, entra Carlos.) ¡Oh!

CARL.—¿Te has asustado? ¿Te doy miedo? Tienes razón; miedo, horror, todo lo que separa. Mi madre llora; llora por mí; todos sufrís por mí. Quiero que tú convenzas a mi madre.

CAR.—¿Convencerla de qué?

CARL.—Quiero volver allí; separarme de todos, como debe ser. No quiero que tengas miedo; no quiero atormentarte.

CAR.—¡Carlos!

CARL.—No te veré más; no te veré más. No eres tú, ya lo sé; no eres tú la que me separa de tu lado; tú no lo pensaste nunca... ¿verdad qne no?

CAR.—¿Dijo tu madre?

CARL.—No, no, mi madre ¿qué sabe? Sólo yo sé cómo tú me quieres. ¡Ah! ¡La vida es cruel; despiadada la naturaleza! Crea un ser débil, inapto para la vida, y no corrige su error de golpe, no le destruye; le condena, sin piedad, a luchar contra todo, segura de que la vida se encargará de destrozarle... Vencido siempre, todo parece decirle: es inútil que luches; debes sucumbir; sucumbe... Todos tus esfuerzos por conseguir algo en la vida serán inútiles... A los seres dichosos, les basta con vivir para que la vida venga a ofrecerse a ellos con todos sus tesoros; como reina vencida ante el conquistador... Porque nací creí que tenía derecho a la vida; porqué amé, creí tener derecho al amor: pero nada es mío; la vida es de los fuertes; si algo poseo, es porque otros lo adquirieron para mí; mi riqueza, mi nombre, nada es mío... Tú misma, mi único amor, fué mi madre la que te trajo a mí; yo no supe hacer mío tu cariño, y no debo usurparlo... vuelve a la vida para ser dichosa; el dolor, la tristeza no pueden ser tuyos, unirte a mí es destruir la divina armonía del mundo... Pero no eres tú, soy yo quien debe huir... yo... Si no me amaste nunca, te perdono... Si amas... te perdono también.

CAR.—No, no me perdones.

CARL.—Sí, sí; yo te quería con toda mi alma, y por tu amor hubiera querido ser alma todo; consumir esta envoltura miserable... Alma solo, alma solo... Si lo fuera no me separaría nunca de tí, sin miedo a ser cruel, a ser injusto... Sería como un Dios superior a todas las miserias del mundo.

CAR.—¡Calla, calla! Silencio, Carlos, silencio.

CARL.—Pero no sé renunciar a verte; es cuanto logré de la vida; y si el valor de dejar la vida me falta, ¿que será el de dejarte? No, conmigo, conmigo. ¿Verdad que nunca pensaste en huir de mi lado? ¿Para qué? Si no puedo ser fuerte como un Dios para ser impasible, seré débil; tan débil que nada significará mi existencia a tu lado. Tu vida es tuya; pero déjame vivir a tu lado para contemplarte en silencio; en mí no habrá una queja ni una rebeldía; te obedeceré siempre, seré tu criatura; creeré en ti siempre como el creyente cree en su Dios, sin juzgarle, aceptándolo todo, aun lo que parece injusticia y crueldad como esta vida mía...

CAR.—Sí, Carlos, sí.

CARL.—Como un niño; verás, seré como un niño. Tú mandas, yo obedezco... ¡Carmen! ¡Mi Carmen! ¡Mi vida!... Como un niño, así; verás, seré como un niño.

CAR.—¡Carlos, Carlos!

CARL.—¡Mamá, mamita!...

CAR.—¿Eh? ¿Qué es esto? ¡Carlos! ¿Qué sientes? ¿Qué es esto? Es la muerte... No, no...

CARL.—¡Mi madre! ¡Mi madre!

CAR.—Sí... sí... Ven... ven pronto... Por favor...

Dichos y la Duquesa.

DUQ.—¿Qué sucede?... Mi hijo...

CAR.—Mira... como un niño; nos llama a las dos...

CARL.—¡Madre! ¡Madre!

DUQ.—¡Hijo mío! ¡Hijo!

CARL.—No, tú no; ¿quién es mi madre? Mi madre sola...

DUQ.—Te llama a ti...

CAR.—Sí, a mí... Soy su madre también. Ahora sí, ahora para siempre con él... Oyeme. Aquí, ya lo ves, es el dolor, es el sacrificio... Allí me esperaba la vida y el amor del único hombre que me inspiró verdadero amor en la vida. Me esperaba. Me espera...

DUQ.—¿Qué?

CAR.—¡No iré nunca! Pude pensarlo cuando él aun podía impedirlo; cuando podía matarme... ahora no: ahora no... ¡Mi pobre niño enfermo!... Ahora sería tan infame como si abandonara a un hijo... Sí, ya lo ves; tengo un hijo, tengo un hijo... No es el orgullo, como tú dices, lo que me defiende.

DUQ.—¿Qué vale el orgullo? Es el amor, ¿verdad?

CAR.—No, es algo más grande... Es un sentimiento que es toda el alma de la mujer... algo que de no existir haría de la vida una lucha de fieras... es la compasión más fuerte que el amor...

CARL.—¡Madre... Madre mía!

CAR.—Sí; como tu madre... las dos... ¿Qué vale el alma de la mujer, si no hay un alma de madre en su alma? (Telón.)

FIN DE LA OBRA

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498